

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Burton Hare
EN NOMBRE DE SATAN

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

544 — *El engendro de Kroozgaar*, Kelltom McIntire

545 — *La puerta negra del infierno*, Burton Haré

546 — *La mansión de les esqueletos vivientes*, Joseph Berna

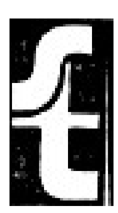
547 — *Pensión de París*, Ralph Barby

548 — *La casa de las cabezas cortadas*, Ada Coretti

BURTON HARE

EN NOMBRE DE SATAN

Colección SELECCION TERROR n.° 549
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 26.303 983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: setiembre, 1983
1. ª edición en América: marzo, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

CAPITULO PRIMERO

La bonita enfermera dijo:
—Te echaremos de menos, Mark.
El esbozó una sonrisa. Había pasado tanto tiempo en el hospital que, para médicos y enfermeras, ya era simplemente Mark.
—Y yo a ti —dijo como respuesta.
—¿Adónde piensas ir ahora? Tienes un mes de convalecencia según oí comentar. El se encogió de hombros.
—No lo sé. Buscaré un lugar apartado, tranquilo, solitario y primitivo, y si lo encuentro ése será mi destino.
Ella sacudió la cabeza.
—No parece un programa muy divertido —replicó.
Alguien llamó a la puerta y la muchacha abrió, dejando paso a un hombre alto, casi tan recio como Mark Monroe. El recién llegado tenía más años que éste y más cabellos grises también.
Su cara de facciones rudas se esforzó por sonreír.
—De modo que te sueltan al fin, ¿eh, viejo? —exclamó. Mark acabó de abotonarse la camisa.
—Los matasanos opinan que ya puedo hacerme matar otra vez, Logan.
Este dio un apreciativo vistazo a la enfermera. Hizo una expresiva mueca y comentó:
—Con estas monadas a tu alrededor no me sorprendería que volvieras pronto. Los chicos dicen que te cuidan como a un raja.
La enfermera soltó una risita y abandonó la habitación. Mark atrapó la chaqueta.
—¿Has traído coche?
—Seguro.
—Me llevarás a casa. Voy a largarme antes de que alguien cambie de opinión y me revienten el mes de vacaciones.
—No son vacaciones, cabezota, sino permiso de convalecencia.
—Llámalo como quieras. Vamos, salgamos de aquí.
Los dos hombres abandonaron el hospital en medio de las efusivas despedidas del personal de servicio.
Tony Logan, capitán de la Brigada de Homicidios, gruñó cuando estuvieron sentados en el coche:
—Nunca imaginé que te hicieras tan popular cuando te llevamos más muerto que vivo...

—Precisamente. Los matasanos me consideran casi como su obra maestra, porque ninguno de ellos daba un centavo por mi pellejo cuando me pusieron las manos encima por primera vez.

Logan condujo despacio por el denso tráfico.

—Hay que reconocer que esta vez te fue de muy poco... El bastardo de Niko hizo un buen trabajo.

—Yo lo hice mejor —rechinó Mark entre dientes.

—Oh, seguro... Le volaste la cabeza.

Hubo un silencio, mientras el coche giraba por Somerset Drive hacia la colina. De pronto. Logan indagó:

—¿Cómo piensas pasar esos treinta días de asueto?

—Lo más tranquilo posible. Buscaré el lugar más olvidado y solitario que encuentre, si es que queda alguno, y me instalaré allí. Es lo mismo que le dije a la enfermera.

—No existen sitios como ése hoy día.

—Veremos.

Nuevo silencio durante casi una milla, mientras el coche se encaramaba por las retorcidas calles bordeadas de pequeños y cuidados jardines.

De repente, Logan exclamó:

—¡Demonios, claro que existe!

—¿Qué?

—Ese lugar.

Mark le observó intrigado.

—¿De qué estás hablando?

Logan se echó a reír.

—Del pueblo donde nací.

—¿Y qué con eso?

—Se llama Farling Heigts.

—Y es donde tú naciste, muy bien. Ahora aclárame por qué se te ha ocurrido de pronto.

—Porque, suponiendo que aún quede alguien viviendo allí, es el lugar más desolado, solitario, aburrido y tranquilo que puedas imaginar. Cuando yo me largué de allí era poco más que un niño, pero aún recuerdo su insoportable monotonía.

—Ya veo.

—Quizá ya no quede nadie. Lo más seguro es que se haya convertido en uno de esos pueblos fantasma que se desmoronan poco a poco al abandonarlo la gente. Pero si buscas tranquilidad, te garantizo que allí tendrás tanta que pedirás acción a gritos.

—Lo dudo. ¿Dónde está ese paraíso, Logan?

—En una región de grandes bosques, en el alto Tennessee. Montañas y bosques, nada más que eso.

—Me tientas. Es justamente lo que me gustaría. Logan se

echó a reír mirándole de
reojo.
—¿Lo dices en serio?
—Aún no lo sé. De cualquier modo, hablo muy en serio cuando digo que todo lo que deseo es un lugar tranquilo.
—Entonces, vete a Farling. Aunque tal vez yo esté equivocado y con el tiempo haya prosperado y ahora sea un lugar lleno de industrias, ruido, chiflados con grandes motocicletas en las calles y todo eso, quién sabe....
El coche se detuvo delante de un pequeño jardín bastante descuidado. Los dos hombres se miraron durante unos instantes.
—Compraré un mapa —resolvió Mark—, Si localizo ese pueblo iré allí aunque sólo sea para decirles a tus antiguos convecinos la clase de individuo que soltaron. A propósito,
¿te queda alguien de tu familia todavía en el pueblo?

—No, supongo que no.

Mark abrió la portezuela, apeándose sin prisas. Su compañero sonrió.

—Te deseo suerte, muchacho —dijo—. Uno no tiene oportunidad de hablar con un resucitado todos los días.

El coche se alejó y Mark Monroe entró en el jardín. Miró en torno, a las hierbas que habían crecido durante su ausencia, a las secas ramas de los arbustos y los abandonados rosales. Hizo una mueca de disgusto y, abriendo la puerta, se metió en la casa.

Había polvo por todas partes. No parecía un lugar acogedor a pesar de haber ansiado volver durante tanto tiempo. Desolado, paseó la mirada en torno y por primera vez en su vida descubrió el peso de la soledad.

Esa primera noche durmió mal, y a la mañana siguiente llenó una maleta, compró un mapa de carreteras, buscó el pueblo de que le hablara su compañero y emprendió el viaje tan deseado rumbo a la tranquilidad.

Nunca imaginó que fuera un viaje al infierno.

CAPITULO
II

La carretera serpenteaba entre montes y bosques, un mundo nuevo para él, verde y lujuriante como una selva. Un mundo umbrío y virgen como debieron contemplarlo sus primitivos pobladores, los pieles rojas.

A excepción de la maltratada carretera, por supuesto.

De pronto el asfalto desapareció y quedó un camino de tierra apisonada. El coche comenzó a dar saltos y Mark hubo de prestar más atención a conducir que a admirar el salvaje panorama que lo envolvía todo.

Sin embargo, la grandiosidad del escenario natural en el cual se movía, paliaba en parte los saltos, los brincos y los crujidos del coche.

En un momento determinado, paró y consultó de nuevo el mapa. La carretera seguía encaramándose a la montaña y calculó que aún estaba bastante lejos de la cumbre. Pensó que si el camino continuaba empeorando se necesitaría un *jeep* para seguir adelante. Comenzó a preocuparse.

No obstante, siguió adelante aferrado al volante, atento a conducir y a admirar al mismo tiempo los gigantescos árboles que habían sido testigos de tantos aconteceres con el paso de los años.

Luego, repentinamente, coronó la montaña y paró, porque el mar de oscuro verde que se extendía a sus pies era una visión de tal grandiosidad que difícilmente olvidaría.

Durante millas y más millas, el bosque, espeso y sombrío, anegaba la tierra. Arboles colosales, marañas de entrelazadas ramas y enredaderas; todo formaba un conjunto sólido y espeso aparentemente impenetrable.

Sin embargo, y si había de creer en el mapa, el infame camino descrito como carretera se internaba por la espesura en su descenso hacia el valle, también cubierto de bosques.

Aguzó la mirada tratando de descubrir algún signo de vida en aquel océano verde y quieto. No pudo distinguir ni un tejado, ni una columna de humo. Nada.

Reanudó la marcha sumergiéndose pronto bajo la espesura que se cerraba sobre su cabeza, atrás y adelante, como si en el mundo no hubiera nada más que árboles y vegetación.

Ahora, la senda era tan estrecha que el auto, en algunos trechos, casi rozaba los troncos a ambos lados.

Luego, cuando el sol se ocultó, bajo la ingente masa verde la luz desapareció tan bruscamente que Mark parpadeó, asombrado ante

el fenómeno.

Durante unos instantes condujo por inercia. Al fin tanteó buscando el conmutador de las luces del coche y justo en ese momento, el Mustang se hundió de golpe, como si quisiera introducirse en la tierra, hubo un sordo chapoteo y un crujido, y cuando el auto quedó quieto, Mark supo que su viaje había terminado.

Se encaramó sobre la carrocería y miró en torno.

La mitad del capó del coche estaba hundido en una ciénaga fangosa que aún burbujeaba a causa del impacto. En torno se alzaban los troncos de los árboles como columnas de una catedral inmensa.

Maldiciendo en todos los tonos, saltó en busca de la tierra firme. Sus pies se hundieron en el barro, pero logró salir de la charca y pisar el camino.

Dando un rodeo echó a andar preguntándose dónde pasar la noche. Para un hombre de ciudad, los rumores del bosque eran ruidos inquietantes, y hallarse perdido en aquellas soledades resultaba poco menos que una aventura demencial.

Ignoraba el tiempo que llevaba andando sumido en tinieblas, apenas distinguiendo el sendero, cuando a su derecha captó un sordo crujir de ramas tronchadas. Se detuvo, sobrecogido. Lamentó no llevar encima la pistola de reglamento.

El crujir se repitió. Sin duda, algo grande y pesado se movía no muy lejos. Contuvo el aliento y en el silencio le pareció que unos pasos torpes y vacilantes arrancaban el sordo rumor en la seca hojarasca del bosque.

Al fin el rumor cesó, pero Mark aún permaneció inmóvil más de un minuto, escuchando con todos los sentidos alertados por el temor.

Cuando reanudó la marcha lo hizo más apresurado que antes, inquieto y desconcertado.

Y de repente vio la luz y apenas dio crédito a sus ojos.

Era apenas una mancha amarillenta en medio de la negrura, pero no cabía duda que se trataba de un ventanuco iluminado. Echó a correr y así descubrió que la luz era ciertamente de una pequeña ventana, y la ventana pertenecía a una primitiva cabaña construida con troncos. A pesar de la rudimentaria construcción, de que no había imaginado que nadie pudiera vivir en un lugar semejante, el hallazgo le llenó de alegría.

Llamó a la puerta y esperó.

Oyó un gruñido al otro lado de la madera. Luego, la puerta se abrió y Mark se quedó mirando espantado el cañón de un enorme rifle que le apuntaba al centro del pecho.

El hombre que empuñaba el rifle era grande y pesado. Su cara brutal estaba cubierta por una barba enmarañada.

—¿Quién diablos es usted, cómo ha llegado hasta aquí? Su voz retumbó como un trueno.

Mark suspiró.

—Siento molestarle —dijo —. Tuve un accidente.

—¿Dónde?

—Ahí, en ese condenado sendero. Mi coche se hundió en una charca. El hombre dio un respingo.

—¿Quiere decir que venía por el camino... en coche?

—Naturalmente.

El rifle descendió.

Perplejo, el hombre masculló:

—Debe estar chiflado. Bueno, entre.

El interior olía a rancio, a humo y a infiernos, según la particular opinión del visitante.

—No puedo ofrecerle gran cosa. Yo ya cené.

—Gracias, sólo deseo agua. Estoy sediento.

El hombre grande dejó el rifle apoyado en la pared y desapareció por una puerta. Cuando regresó lo hizo cargado con un vaso de metal y una jarra llena de agua.

Mark bebió golosamente y después se presentó:

—Mi nombre es Mark Monroe.

—Yo me llamo Clark.

—Me alegro de conocerle, y le hablo sinceramente.

Me vi perdido en esa maldita espesura. ¿Sabe usted dónde podré conseguir una grúa para sacar el coche de la charca?
—¿Una grúa? Le apuesto a que jamás ha habido una en todo este territorio.
—Bueno, debe haber algún pueblo, gasolineras, mecánicos, digo yo. El hombre sacudió la cabeza.
—Es usted muy optimista. El pueblo más cercano es Farling. No es más que un puñado de casas ruinosas, y el único vehículo que he visto allí alguna que otra vez es un viejo *jeep* que apenas si funciona.
—Yo me dirigía a Farling precisamente.
—Allá usted, pero si yo estuviera en su lugar no me quedaría allí ni un solo día.
—¿Por qué no?
—Son mala gente. Y pasan cosas extrañas.
—Sin embargo, necesito encontrar ayuda para sacar mi coche de esa trampa de barro.
—No encontrara ayuda en Farling. Esas gentes sólo se preocupan de sí mismos y detestan a los extraños. Lo sé por experiencia.
—No comprendo una palabra. Clark suspiró, impaciente.
—Se lo diré de otro modo. Esa gente viven un siglo atrasados con el resto del mundo. Supongo que es debido al aislamiento, a los bosques, al primitivismo de su vida. O a que son de otra manera, vaya usted a saber.
—Sigo sin entender lo que quiere decir, pero de cualquier modo necesito su ayuda.
—Allá usted. Esta noche la puede pasar aquí. Estará seguro por lo menos. Mark le observó con redoblado interés.
—¿Quiere decir que fuera de la cabaña existe algún peligro?
—Yo no dije eso. —El hombre se inclinó ante la lumbre para avivar el fuego y añadió—: Las noches refrescan aquí. Por la humedad de los bosques, ya sabe...
Mark Monroe continuaba preocupado por las palabras de aquel extraño individuo, así que preguntó: —¿A qué se refería antes cuando dijo que en el pueblo suceden cosas extrañas?
—¿Eso dije?

—Seguro.
—Bueno, era sólo una manera de hablar.
—No me parece usted uno de esos hombres que hablan sin ton ni son, señor Clark, así que algo debe haber detrás de sus palabras.
El hombrón se encogió de hombros, refunfuñó entre dientes y acabó hablando de mala gana.
Dijo:
—Tal vez sólo sean habladurías de la gente, pero han habido algunas muertes muy extrañas, de personas que estaban buenas y sanas sólo momentos antes de morir. Y de repente eran encontrados sin vida... Incomprensible.
—Ataques cardíacos tal vez. Eso no tiene nada de extraño.
—Bueno.
—¿O hay algo más?
—Supersticiones, supongo.

—Hábleme de eso.
—Olvídelo, ya hablé demasiado. Voy a acostarme y usted hará lo mismo si sabe lo que le conviene. Podrá dormir con unas mantas aquí, junto al fuego.
—Eso será una novedad...
Clark soltó un gruñido de disgusto.
Atrapó su enorme rifle y se encaminó hacia la puerta.
—Tiene mantas ahí, en ese arcón —dijo como despedida.
En aquel instante, allá afuera, en alguna parte cercana, sonó un extraño y bronco quejido.
Mark dio un respingo.
—¿Qué fue eso? —exclamó.
Clark estaba tenso, aferrado a su arma y miraba hacia la puerta como si esperara ver aparecer por ella al mismo demonio en persona.
—No lo sé —rezongó al fin.
El quejido, o lo que fuera, se repitió, ronco, sonoro, angustioso y' amenazador en aquellas soledades.
El hombrón amartilló el rifle y dijo con voz silbante:
—
¡Apague
la
luz!
Perplejo,
Mark
obedeció.
Sumidos en tinieblas, sólo el mortecino resplandor de las brasas iluminaba el interior de la cabaña.
Entre dientes, Clark masculló:
—Algún día..., algún día le cazaré.
—¿A quién?
No hubo respuesta.
La voz bronca, extraña y fantasmal, se alzó una vez más, mucho más cerca que antes. De repente, el hombrón dio un respingo y casi gritó:
—¡Condenación! Cierre los postigos. ¡Aprisa! Con tanta charla lo olvidé...
Impresionado a su pesar, Mark saltó hacia la ventana. Empezó a cerrar los postigos y justo en aquel instante vio aquello.
Eran unos ojos.
Diabólicos, casi fosforescentes, como suspendidos en la absoluta oscuridad del exterior. Unos ojos de mirar terrible, que no parpadeaban y que le produjeron una ligera sensación de vértigo.
Cerró los postigos de golpe y volviéndose barbotó:

—¡Hay alguien ahí fuera...!
—Ya lo sé.
—¿Quién?
—Eso lo ignoro.
—He visto sus ojos. No parecían de un ser humano.
—Entonces, ¿de qué eran?
—Le juro que daría cualquier cosa por saberlo.
—Entonces, salga y averígüelo. De lo contrario acuéstese y duerma. Abruptamente, el hombrón entró en su dormitorio y cerró la puerta de golpe.

Asombrado y mucho más inquieto de lo que hubiera confesado jamás, Mark Monroe sacó unas mantas del arcón y sé preparó una yacija junto al fuego.
Fuera de la cabaña ya no hubo ningún otro ruido y el profundo silencio de los montes se hizo dueño y señor de la noche.
Le fue imposible conciliar el sueño durante horas.
Como en una extraña pesadilla, seguía viendo en su imaginación aquellos ojos malignos y aterradores.

CAPITULO
III

Llevaba tanto rato caminando que Mark ya había perdido la noción del tiempo cuando preguntó:
—¿A quién pertenecían los ojos que vi anoche? Porque usted lo sabe, sin duda.
—¿Cómo voy a saberlo? Y ya le dije antes que no quiero hablar de eso.
—¿Por qué no, tanto miedo tiene?
—Todo el mundo le teme a algo en este mundo.
—¿Era un animal, Clark?
—Continúe así y habrá de hacer el resto del camino usted solo.
—Está bien, tómelo con calma.
Volvieron a sumirse en el silencio. Sobre sus cabezas, la maraña de la vegetación se cerraba semejante a oscura cúpula.
Del sendero apenas si se distinguía nada porque las hierbas y matorrales lo invadían. Mucho después, Monroe indagó:
—Supongo que por lo menos habrá teléfono en ese pueblo.
—Sí.
—Menos mal.
Otro silencio. Estaban coronando una loma cuando Mark volvió a la carga.
—Usted no parece sentir ninguna simpatía por los habitantes de Farling.
—¿Simpatía dice usted? No veo una sola y maldita razón para tenérsela.
—Eso me parece absurdo, teniendo en cuenta que son las gentes que tiene más cercanas a su vivienda.
—Y ojalá estuvieran a mil millas. Son supersticiosos, desconfiados, cobardes, vengativos... No tienen ni una podrida virtud.
—Habrá excepciones...
—Si las hay, no las conozco.
El se disponía a insistir, cuando exclamó señalando a un lado del camino:
—¡Mire! ¿Qué es aquello, Clark?
—Parece un fardo de ropas.
—Vamos a verlo.
—No es asunto mío. Sea lo que sea...
—¡Párese, maldita sea!
El hombrón se detuvo mirándole con ojos chispeantes de ira. Mark ya se abría paso entre la maleza y tras una vacilación le siguió con

el rifle amartillado.
Monroe se detuvo de repente. El aire escapó silbando de sus pulmones.
—¡Dios! —jadeó—. Mire eso...
Clark se paró junto a él y mascculló un rotundo juramento.
Era el cuerpo de una mujer tirado entre las ramas de un matorral espinoso. Un cuerpo desgarrado, con las ropas hechas girones y la piel cubierta de profundos arañazos.
Pero lo más atroz era la garganta, que prácticamente había desaparecido como arrancada a dentelladas por un animal salvaje.
—¿Sabe usted quién era, la conocía?

—Sí..., vivía en el pueblo. Tenía una tienda de algo. Mark se volvió de espaldas al cadáver.
—¿Qué clase de bestia ha hecho eso, Clark?
—No lo sé.
—¿Un lobo?
—No hay lobos en esta época. Además, los lobos jamás atacan al hombre, sienten una especie de respeto hacia los seres humanos. Por otra parte, en este tiempo no padecen hambre, tienen presas fáciles en las cumbres. Eso suponiendo que queden lobos en este territorio.
—Entonces, ¿qué?
—Nunca he visto que un animal haga eso...
—Ha debido ser un animal salvaje, y de gran tamaño. Clark desvió la mirada.
—Quizá no —murmuró—. Hay cosas que es preferible ignorarlas. Es malo hasta hablar de ellas.
—Eso son tonterías. ¿Cree que fue la cosa que yo vi anoche?
—Mire, deje de darle vueltas. Esa mujer está muerta y eso es lo único que importa. Giró sobre los pies y regresó al sendero.
Mark gritó:
—¡Maldita sea, Clark, no podemos dejarla tirada aquí!
—Si espera que yo toque «eso» está loco. Avisaremos al pueblo y que vengan a buscarla. Es cosa suya.
—Escuche...
—O seguimos, o me vuelvo y hace el resto del camino usted solo. Le aseguro que a ella ya no le importa quedarse un poco más donde está.
Echó a andar, de modo que Monroe no tuvo más remedio que seguirle. Instantes después dijo:
—Dígame una cosa...
—¡Cierre el pico! Desde que llegó anoche no cesa usted de hacer preguntas y más preguntas.
—Es la única manera de saber algo. ¿Por qué todo el mundo tiene miedo? Usted lo dijo anoche, ¿recuerda?
—No recuerdo nada de eso.
—Sin embargo, usted también está asustado. Se le nota con sólo mirarle, y no abandona el rifle ni para dormir. ¿Es por lo que fuere que vi por la ventana?
—Ya empieza otra vez... ¡Cállese y déjeme en paz!
—Está bien, olvídelo.
Poco después aparecieron las casas de Farling.
Y de nuevo tuvo ocasión de asombrarse por el primitivismo del

lugar. Eran edificios de madera vieja, como debieron construirlos los primeros pobladores blancos del territorio. Por alguna extraña razón parecían haber sido conservados en estado primario como una valiosa reliquia del pasado.
A excepción de las casas que formaban su única calle, sólo había como diez o doce más desperdigadas aquí y allá, sin ningún orden.

Alrededor de la población podían verse algunos campos y huertas, ganando tierra al bosque que cercaba todo el núcleo habitado como un dogal pronto a cerrarse, ahogándolo.
Más allá del pueblo y de los campos se alzaba una colina en cuya cima quedaban los derruidos muros de lo que debió haber sido la única edificación de piedra.
Clark se detuvo en la linde de! bosque y gruñó:
—Ahí tiene usted el pueblo. Ya le he ayudado todo lo que he podido.
—¡Espere un momento! Tiene que acompañarme para indicar a la gente dónde está la mujer muerta, y decirles también quién era.
—Dígales que se trata de la señora Ray. El lugar está a menos de media hora de camino, siguiendo el sendero del bosque.
Sin otra palabra giró sobre los pies y se internó bajo los árboles. En unos instantes hubo desaparecido.
Maldiciendo entre dientes, Mark se encaminó hacia el pueblo. La mayoría de casas estaban cerradas y las calles desiertas.
Sólo descubrió a dos mujeres paradas junto a lo que parecía una tienda y a ellas se dirigió.
—Disculpen —dijo—. ¿Hay algún representante de la ley aquí?
Le miraron con una tensa expresión en sus caras, como si contemplaran a alguien llegado de otro mundo. Una se atrevió a preguntar:
—¿Quién es usted?
—Me llamo Monroe. Tuve un accidente con el coche, pero eso no importa ahora. ¿Hay alguna autoridad en el pueblo?
Cambiaron otra mirada inquieta.
—El viejo Rayton en todo caso —explicó la misma que antes hiciera la pregunta—. Cuando era joven fue sheriff.
—¿Y qué es ahora?
—Tiene a su cargo la centralita telefónica. Todo el mundo le respeta. Hable con él si quiere. Lo encontrara calle abajo... Verá usted el rótulo en la fachada.
—Gracias. Oigan, otra cosa, ¿dónde está la gente?
—¿Dónde van a estar? En sus casas, naturalmente.
—Naturalmente...
Cada vez más perplejo, Mark se alejó caminando por el centro de la calle. Una vez más el silencio irreal le produjo escalofríos.
De pronto, de un rincón surgió un perro esquelético. Era un animal grande que le miró un instante con ojos melancólicos y luego atravesó la calle arrastrando el rabo.
El rótulo de la central telefónica apareció después y Mark subió a la acera, empujó la puerta y entró.
El interior era fresco y estaba sumido en penumbra.
Había un pequeño mostrador, dos sillas, un pupitre y una ventana

de cristales opacos. También había un hombre sentado delante del panel de la anticuada centralita telefónica, a la que miraba con tristeza cuando le sorprendió la llegada del forastero.

Era un hombre viejo, de albos cabellos revueltos y ojos vivos, que se abrieron desmesuradamente al verle entrar.

—¡Cristo! —barbotó—. ¿De dónde diablos sale usted?
—Ha juzgar por lo que me ha sucedido últimamente, yo diría que del infierno. ¿Es usted Rayton?
—George Rayton.
—Según unas mujeres que encontré en la calle, usted es la única autoridad aquí, en el pueblo.
—Bueno, una autoridad relativa en todo caso. Nada oficial, pero fui sheriff en los buenos tiempos y la gente aún lo recuerda.
—De cualquier modo, quiero denunciar la muerte de una mujer. El viejo pegó un brinco y quedó de pie.
Así fue como Mark descubrió que llevaba un cinto canana repleto de cartuchos, y un viejo Colt metido en una funda.
—¿Una mujer muerta? —balbuceó el anciano—. ¿De qué habla, hombre, dónde está?
—Más despacio. La encontramos Clark y yo en el camino.
—¿Clark? Supongo que se refiere a ese chiflado que vive solo en una cabaña...
—Sí.
—Cuénteme.
En pocas palabras relató sus aventuras desde que el coche hundiera el morro en la gran charca.
Sin embargo, en lo relativo a la mujer muerta no ahorró ningún detalle, quizá para que el viejo de asombrosa apariencia adquiriera conciencia de la gravedad del asunto.
—¡Thelma Ray! —jadeó el viejo—. ¿Seguro que era ella?
—Clark lo afirmó.
—No comprendo qué estada haciendo esa mujer en el bosque... Daré un vistazo a su tienda.
Mark hizo una mueca.
—Mejor sería enviar a alguien en su busca, me parece a mí. Rayton le observó unos instantes con sus brillantes ojillos.
—Hijo, no quiera enseñarme mis obligaciones. Si la pobre Thelma está muerta esperará, ¿no le parece?
Salió de detrás del mostrador y asomó la cabeza por la puerta. Emitió una suerte de gruñido y dijo, disgustado:
—Hace un calor de infierno. Habrá que avisar a la gente.
—¿Por qué están todos escondidos, Rayton?
—¿Quién dijo que están escondidos? Permanecen en sus casas cuando hace tanto calor, eso es todo. Espéreme aquí, volveré en

unos minutos.

Se alejó caminando a saltitos. A Mark se le antojó un viejo pajarraco.

Volvió al fresco interior de la oficina y tomó asiento en una silla. Acababa de encender un cigarrillo cuando la muchacha apareció.

Mark se quedó con la boca abierta, el cigarrillo sosteniéndose en equilibrio en la comisura de los labios, mirándola asombrado.

—¿Dónde está mi abuelo? Oh... es usted forastero.

—Su abuelo acaba de salir, si se refiere usted al hombre con el revólver al cinto.

—Y usted, ¿quién es?
—Me llamo Mark Monroe. Acabo de llegar.
No podía apartar la mirada del rostro maravillosamente hermoso de la muchacha. Tenía los ojos grandes, profundos, una nariz respingona, boca cálida y sensual y un mentón voluntarioso.
Si bajaba la mirada, los ojos tropezaban con los agresivos pechos que tensaban la blusa en la que resaltaban las cimas de unos pezones descarados. Más abajo, no podía ver nada más porque el mostrador lo ocultaba, sin embargo su cintura era delgada, fina, iniciando la firme curva de las caderas.
Al fin, ella dijo:
—Yo soy Martha Rayton.
—No sabe usted cuánto me alegro de conocerla. Empezaba a creer que éste era un pueblo abandonado o poco menos. Excepto a su abuelo no he podido ver más que dos viejas en una tienda. Bueno, y un perro famélico.
Ella dio un respingo.
—¿Un perro? No le creo.
El se quedó sin habla, estupefacto. Cuando recobró la voz exclamó:
—¡Que me ahorquen! ¿Qué tiene de raro ver un perro en una calle de pueblo?
—No hay perros en Farling... Los mataron todos, incluido mi pobre «Nerón»... Su voz se quebró. Hizo un esfuerzo y murmuró:
—¿Va a marcharse usted pronto?
—No lo sé. Antes he de recuperar mi coche. Está inutilizado en algún lugar de los bosques.
—No sé cómo lo hará. No hay mecánicos aquí.
—Entonces, tampoco habrá una grúa.
—No la hay, en absoluto.
—Sin embargo, tengo entendido que existe un viejo *jeep.* Quizá con él pueda remolcarlo y sacarlo de la charca.
—¿El *jeep*? Se incendió hace menos de una semana. Quedó convertido en un montón de chatarra.
Mark sintió que el alma le caía a los pies.
—¡No puedo abandonar el coche! —exclamó—. Habrá algún lugar donde pedir ayuda. Una ciudad donde la gente tenga autos, y haya talleres, mecánicos, grúas...
—Sólo en Dochester. Queda a unas cuarenta millas de aquí. El suspiró.
—Muy bien, muchacha. ¿Quiere llamar por teléfono a ese pueblo? Supongo que en la central sabrán si hay alguna grúa disponible. Yo hablaré con ellos cuando haya establecido comunicación.
Ella le miraba con los ojos muy abiertos, asombrada, como si él

acabara de pedir que estableciera comunicación con el planeta Marte.

Al fin balbuceó: —Pero, ¿es que no sabe usted...? Se interrumpió como si le faltara la voz.

El casi daba saltos.

—¡Acabe! ¿Qué es lo que yo no sé?

—No es posible llamar a ninguna parte. Las líneas están cortadas desde ayer y nos encontramos totalmente aislados.
Mark Monroe no se cayó de espaldas de milagro.

CAPITULO IV

—Recuerdo muy bien a los Logan. Buena gente —el viejo cabeceó ante los recuerdos que fluían a su memoria—. Tuvieron un hijo que se fue de aquí muy joven. Luego, ellos murieron, los dos en poco tiempo.

—Se llama Tom Logan —explicó Mark—. Fue él quien me recomendó este lugar para una temporada de descanso.

Le miraron asombrados.

Habían comido los tres en casa del viejo Rayton y ahora saboreaban un excelente café preparado por la muchacha.

Fue ésta quien preguntó:

—¿Por qué necesitaba usted una temporada de descanso? ¿Estuvo enfermo? El titubeó.

—Sí... Muy grave.

Martha recogió el servicio del café y se fue hacia la cocina tras dirigir una curiosa mirada a Mark.

Al quedar solos, el viejo gruñó:

—Ya no tardarán en traerla.

Monroe le observó unos instantes.

—Señor Rayton, usted no ha creído una palabra de lo que le conté. ¿No es cierto?

—Creo que encontró muerta a esa mujer. La prueba está que envié algunos hombres a recogerla.

—Me refiero a lo otro, lo de la extraña aparición cerca de la cabaña de Clark. Aquellos ojos diabólicos, y las heridas que presentaba el cadáver.

—Bueno, en este asunto deje que lo vea antes de creerlo. Mark se dio por vencido.

No obstante preguntó:

—Clark hablaba de un modo misterioso, y estaba asustado, aunque no quiso decir palabra sobre ese miedo. Usted también parece saber cosas de las que se niega a hablar. Su nieta me dijo que habían matado a todos los perros del pueblo incluido el suyo. Todo eso son hechos extraños, para decirlo de un modo suave. ¿Qué es lo que pasa en realidad?

El viejo George sacudió la cabeza.

—Imagino que piensa usted irse de aquí inmediatamente para buscar quien le ayude a recuperar su coche, ¿no es así?

—Ciertamente. Iré a Dochester.

—Es toda una caminata... En cualquier caso, se irá, de modo que ya sabe lo suficiente. Después de todo no creería una palabra de lo que yo le dijera.

—Pruebe a ver.

El viejo sacudió la cabeza otra vez con un gesto característico. Daba la sensación de que iba a caerle de los hombros.

—No —gruñó, rotundo.

La muchacha regresó, sentándose de nuevo en su silla. Fue ella la que murmuró:

—Deberías contárselo, abuelo. Si el señor Monroe consigue llegar a Dochester puede hacer que nos manden ayuda, suero, lo que sea.
—¿Ayuda, suero? —exclamó Mark, atónito—. ¡Condenación! No entiendo una maldita palabra. Y eso de la ayuda. ¿Es que no hay nadie que pueda ir a pedirla?
—Ya lo intentaron... Dos veces.
—¿Y qué?
—Los dos hombres murieron en el bosque — murmuró la muchacha. El viejo añadió:
—De un modo muy semejante a la mujer que usted encontró. Un escalofrío recorrió el espinazo de Mark.
—¡Pero eso es absurdo! Clark y yo atravesamos ese bosque y no sucedió nada.
—Porque venían hacia aquí. Además, los dos hombres no murieron en esa parte del bosque, sino hacia el sur... Ellos se dirigían a Dochester.
Mark les contempló, perplejo.
—No lo entiendo.
—Mi joven amigo —rezongó el anciano—, el diablo anda suelto, eso es todo. Y levantándose, salió del comedor sin otra palabra.
Mark gruñó:
—¿Usted también cree que eso es cosa del diablo? Martha sonrió sin alegría.
—No. Me niego a creer en demonios rabiosos y todo eso. Pero hay una fuerza maligna alrededor de Farling, y de eso sí estoy convencida. Es algo que va cercándonos cada vez más estrechamente. Y mata sin dejar rastros.
—¿Que mata dice usted? ¡Ya lo creo que mata! Y ha de haber dejado un rastro tan ancho como una carretera. Si yo hubiera podido examinar con tiempo a aquella mujer y los alrededores del lugar del crimen...
Se interrumpió de pronto, resistiéndose a revelar su identidad. La muchacha suspiró.
—No quise decir esa clase de muerte, sino la de quienes murieron en sus casas como heridos por un rayo. Simplemente, estaban allí, vivos, hablando, y de repente la muerte les llegó igual que un pistoletazo.
—¿No ha oído hablar nunca de ataques cardíacos, embolias y todas esas cosas?
—No fue eso, créame, sino algo mucho más súbito y fulminante. Y durante cuatro días la cosa sucedió una vez cada noche.

Más perplejo a cada instante, Mark se negaba a creerlo.
—¿No presentaban herida alguna? —preguntó.
—No, ninguna. Nada en absoluto.
—Supongo que les practicarían la autopsia.
Ella dejó escapar una risa nerviosa.
—¿Autopsia? Usted no sabe la clase de lugar que es éste.
—Bueno, supongo que por lo menos el médico tendría algo que decir en cada caso.
—El médico más próximo está en Dochester.
—De modo que enterraron a esas gentes sin más. ¡Dios bendito! ¿Dónde me he metido? Martha se disponía a replicar, cuando el rumor de voces en la calle les hizo levantarse de

un salto.
Cuando salieron a la acera pudieron ver a un grupo de hombres parados al otro lado de la calle. Habían depositado en el suelo un bulto envuelto en una manta y hablaban con el viejo Rayton. Algunas mujeres, medrosas, se asomaban en las puertas y ventanas.
Martha ahogó un quejido.
—¡La han traído! —balbuceó—.
Usted dijo la verdad. El asintió en
silencio. Luego decidió:
—Voy a dar un vistazo. Usted quédese aquí... No es nada agradable de ver. Atravesó la calle y Rayton exclamó:
—¡Acérquese, Monroe! Compruebe si está tal como usted la vio. Descorrió la manta dejando la tremenda visión al descubierto.
—Está igual, Rayton. Oiga, ustedes han vivido siempre en esta región. ¿Qué clase de bestia es capaz de causar esos destrozos?
Los hombres cambiaron miradas cautelosas entre ellos, pero ninguno replicó. Eran gentes toscas y Mark imaginaba que de escasa cultura.
Cosa curiosa, no había jóvenes entre ellos. Todos eran de edad avanzada. Calculó que los más jóvenes contarían por lo menos cuarenta y cinco años como mínimo.
Rayton volvió a cubrir el cadáver.
—Es demasiado tarde para enterrarla hoy —dijo—. Tú, Andy, aprovecha esta tarde para construir un ataúd y mañana la sepultaremos.
Asintieron en silencio, cargaron de nuevo con el cuerpo y se alejaron. Inmediatamente, las puertas y ventanas fueron cerrándose unas tras otras con secos chasquidos, y la calle volvió a quedar desierta y silenciosa.
Mark caminó al lado del anciano rumbo a la oficina.
Una vez en ella, Mark gruñó:
—Ya basta de misterios, Rayton. ¿Qué infiernos está sucediendo en este pueblo? La muchacha contuvo el aliento.
Rayton carraspeó:
—Usted no creería una palabra, de modo que no vale la pena hablar de ello. Además, va a marcharse, así que déjenos con nuestros problemas. De un modo u otro se resolverán. Martha exclamó:
—¿Cómo, abuelo, muriendo todos nosotros? Porque con la cobarde y estúpida actitud que todos hemos adoptado, con esta pasividad, no veo que podamos resolver ningún problema.

Rayton dominó su impaciencia a duras penas.
—Ya hemos hablado demasiado... Escucha, nenita, en Dochester deben haber advertido que la comunicación telefónica está cortada. Saldrán a buscar la avería y llegarán aquí... o por lo menos restablecerán la comunicación.
—¿Cuándo, abuelo?
—Eso no lo sé.
—¿Y cuántos habrán de morir entretanto?
Rayton mordisqueó su pipa apagada y no dijo nada. Mark le acució:
—Vamos, suéltalo de una maldita vez, para que yo sepa a qué atenerme.

—Va a tomarnos por chiflados, por idiotas supersticiosos y además no creerá una sola palabra de lo que yo le diga.

—Deje que sea yo quien decida lo que debo creer.

—Muy bien, allá va. ¿Es usted capaz de aceptar que en nuestra época, aquí y ahora, los muertos pueden resucitar y asesinar a su vez?

Mark le miró boquiabierto.

—¿Habla en serio, Rayton?

—Ya sabía que no lo creería. No vale la pena seguir.

—¡Maldita sea, hombre, continúe! Veamos hasta dónde soy capaz de encajar una historia como ésta... Y yo vine aquí en busca de tranquilidad y *paz...* Bueno, adelante.

Aprovechó para encender un cigarrillo y miró, perplejo, a la muchacha. Martha estaba muy pálida, pero conservaba una extraña serenidad.

Al fin, George Rayton explicó:

—Cuatro personas murieron de manera inexplicable, tan súbitamente como si les hubieran pegado un tiro en la cabeza. Fueron enterradas normalmente. Se llamaban Kramer, Trevor, y el matrimonio formado por Edna y Gordon Mars. Tres hombres y una mujer. Días después de haber sido sepultados, una noche, Kramer y Mars fueron vistos por un matrimonio. Vivos quiero decir.

—Tonterías. Hay gente que...

—Les conocían bien, Monroe. Eran vecinos, habían vivido a su lado toda la vida. Les vieron rondar la casa de Nelia Garret y aterrorizados cerraron puertas y ventanas rezándoles a todos los santos de que pudieron echar mano. Oyeron gritos desgarradores, gritos, alaridos... Horripilantes, según sus propias palabras. A la mañana siguiente, Nelia Garret estaba muerta en su casa. La habían destrozado a dentelladas. Cuando 1a en- contramos estaba igual que si una manada de tobos hambrientos hubieran caído sobre ella.

—¿Nadie más oyó los gritos?

—La Garret vivía en una de esas casas que hay en las afueras. Sus únicos vecinos cercanos eran los que la oyeron gritar.

—Forzosamente ha de haber una explicación lógica, Rayton. Nadie puede creer en resucitados y cosas así. Y menos aún en resucitados que por alguna extraña pirueta del diablo vuelven a la vida convertidos en fieras sedientas de sangre. Eso es absolutamente idiota.

El viejo se encogió de hombros.

—Sabía que diría usted algo así. Pero dos noches después, Mars fue visto por una persona. Caminaba como un autómata y emitía un sordo gruñido.

—¿Y mató a alguien más?

—No..., esa noche no. Pero no olvide usted que los dos hombres que partieron para Dochester murieron a dentelladas. Y en cuanto a Thelma Ray, usted acaba de verla hoy mismo.

Mark encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. Pensó que estaba fumando demasiado. Los médicos casi se lo habían prohibido.

—¿No comprobaron si los cadáveres de esos individuos continuaban en sus sepulturas?

—¡Je! Yo lo propuse, pero nadie quiso secundarme, así que no podía mover yo solo las

losas de piedra y lo dejé correr. Pero estuve allí, Monroe. Las sepulturas parecen intactas.

Tras un silencio, Mark aventuró:

—Se me ocurre que usted y yo podríamos dar un vistazo más a fondo, Rayton.

—¿Usted y yo, solos?

—Si no hay nadie más que quiera acompañarnos, usted y yo solamente.

—Amigo, necesitaríamos escoplos, una maza... y un valor del que empiezo a carecer. Tengo que cuidar de mi nieta mientras pueda valerme.

Mark se encaró con la muchacha. Ella estaba pálida y tensa.

—¿Qué dice usted, Martha? —le espetó.

—Quisiera salir de esta incertidumbre, eso por supuesto. Pero no a costa de que el abuelo corra ningún riesgo. ¿Sabe usted? Es un viejo gruñón, pero es lo único que tengo en este mundo.

—Ya veo... ¿Asistirá mañana al entierro?

—Naturalmente.

—Iré con usted entonces.

El viejo dio un respingo.

—¡Cuernos! ¿Quiere decir que va a quedarse aquí esta noche?

—Si me ofrecen hospitalidad, sí.

Abuelo y nieta cambiaron una mirada. La de la muchacha rebosaba esperanza.

—Tenemos un cuarto vacío, abuelo. Puedo preparar la cama en unos minutos.

—Ya lo has decidido, ¿eh?

Mark sonrió, acuciándole:

—¿Qué dice usted, Rayton?

—Por mí está bien, pero déjeme decirle que es usted el tonto más grande de este mundo quedándose aquí.

El esbozó una sonrisa.

—De cualquier modo, según usted, nadie puede abandonar el pueblo sin ser atacado y muerto. ¿Cómo esperaba usted que me fuera, volando?

—Prepara la habitación, querida. Pienso que dos hombres podrán protegerte mejor que uno solo y viejo.

Martha sonrió y salió disparada.

—Quiera el cielo que no deba arrepentirse usted, Monroe. Este pueblo está maldito, se lo digo yo. Está maldito...

Dio tal mordisco al cuello de la pipa que por poco no lo partió por la mitad.

—Llámeme Mark si no le importa. Usted y yo debemos entendernos, Rayton, si queremos desentrañar todo este sangriento misterio.

—Usted no tiene ninguna necesidad de arriesgarse, pienso yo. No es del pueblo, y se largará de aquí a la primera oportunidad.

El sonrió.

—Tal vez no.

—Entonces, es que está más loco que un chivo.

Mark sonrió sin replicar. Pensó que de cualquier modo que fueran las cosas, iban a ser unas extraordinarias vacaciones.

Como cura de reposo no iban a tener desperdicio.

CAPITULO V

Estaban en tomo a la mesa, después de cenar. Mark encendió un cigarrillo y comentó:
—No he visto jóvenes en el pueblo desde que llegué, excepto Martha. ¿No queda ninguno más?
La pregunta no sorprendió al viejo Rayton.
—La mayoría se fueron hace años, a medida que alcanzaban la edad de decidir por sí mismos. La juventud busca mejores horizontes. Sólo queda otra muchacha de la edad de Martha, atada por una vieja tía desvalida, y dos o tres hombres menores de treinta años. Los demás... Bueno, míreme a mí.
Soltó una risita cascada que no logró aligerar la atmósfera pesada y tensa que les envolvía.
Si uno tendía el oído escuchaba un silencio profundo, denso, absoluto, como si en lugar de hallarse en el centro de un pueblo estuvieran en el fondo de un pozo.
—Hay algo más que me intriga, Rayton —dijo Mark.
—Oiga, amigo, es usted una especie rara de inquisidor. Déjeme respirar por lo menos entre pregunta y pregunta.
El sonrió.
—Cuando estuve en compañía de Clark saqué la conclusión de que en este pueblo las cosas extrañas venían de lejos, quizá de años atrás. Habló pestes de sus habitantes y no daba la impresión de que todo esto fuera algo reciente.
—Bueno, ese tipo es medio salvaje. Llegó a la región hace años y siempre ha querido vivir aislado. No admite el trato con la gente.
—No es de él de quien yo estaba hablando.
—Sí, ya sé... Bueno, digamos que las gentes se volvieron hurañas, sombrías y amargadas hace unos diez años.
Martha asomó por la puerta de la cocina y se quedó allí en silencio, escuchando. Mark gruñó:
—¿Qué sucedió entonces para que se produjera ese cambio? George Rayton hizo una mueca de disgusto.
—Nada que le importe a un forastero —estalló—. Ya me cansé de tantas preguntas, amigo.
Desde donde estaba, Martha le espetó:
—Yo no soy forastera, abuelo, y tampoco a mí has querido hablarme de eso nunca.
—Ni quiero hacerlo ahora. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Es que se han

puesto de acuerdo los dos para fastidiarme la noche?
Martha sonrió.
—¿A quién voy a preguntárselo si no es a ti? Los demás odian incluso oír hablar de lo que fuere que pasó, y en aquel tiempo yo estaba interna en el colegio, lejos de aquí. De modo que sólo puedo saberlo por tu mediación.
—Entonces esperaras hasta que seas vieja.
Mark Monroe le observaba con el ceño fruncido, mucho más intrigado de lo que él mismo hubiera sospechado jamás.

Se disponía a seguir acosando al anciano a preguntas cuando, fuera, en alguna parte, resonó un lacerante alarido que les puso los pelos de punta.

Mark se levantó de un brinco y el viejo le imitó, temblando de pies a cabeza.

—¿Dónde cree usted que resonó ese grito, Rayton?

—Pareció venir de atrás... De repente, Martha chilló:

—¡Era la voz de Alice, abuelo!

Mark estaba ya junto a la puerta cuando el anciano le alcanzó.

—¡Espere un momento! ¿Piensa salir ahí afuera?

—Ya puede jurarlo.

—Va a hacerse matar, seguro. De todos modos, llévese mi revólver. En sus buenos tiempos hizo un buen papel.

Mark atrapó la pesada arma y de un salto se sumergió en la oscuridad del exterior. El alarido se repitió, corto, apremiante.

Todas las casas estaban a oscuras. Nadie se movía en parte alguna.

A un tiro de piedra brillaba la única ventana iluminada y hacia ella corrió Mark como un gamo, silencioso y resuelto.

Vio moverse algo impreciso en las proximidades de aquella ventana y se detuvo. Su dedo se tensó en el gatillo y él gritó:

—¿Quién anda ahí?

Una figura cubierta por lo que parecían deshilachados harapos se materializó junto a la ventana. La aparición volvió un instante la cabeza para ver quién la increpaba... y entonces la luz cayó de lleno sobre su rostro.

Mark nunca supo cómo pudo contener el grito de espanto que se agolpó en su garganta, porque aquel rostro era la pesadilla más aterradora que pudiera soñar una mente enfermiza.

Le pareció que apenas si era algo más que una calavera, con jirones de carne amazacotada aquí y allá, con un oscuro tajo en lugar de boca y, en contraste, unos ojos fulgurantes, demoníacos, que ni siquiera parpadeaban porque no quedaban párpados en ellos.

Se le antojó un cadáver sepultado durante meses y que de

repente hubiera cobrado vida, deteniendo así la putrefacción que le destruía.

Y aquellos ojos...

El los había visto en otra ocasión, acechando la cabaña de Clark. Cuando recobró la voz gritó:

—¡No se mueva de ahí, sea quien sea!

Sus pies parecían mucho más pesados que antes cuando echó a andar hacia la casa. En el mismo instante, aquella pesadilla repelente se esfumó.

Simplemente, se echó atrás saliendo del halo luminoso de la ventana y desapareció.

Furioso a causa del miedo que sentía, Mark tiró del gatillo y el enorme revólver emitió un estampido semejante a un cañonazo en medio del silencio de la noche.

Echó a correr hasta la ventana y dio un vistazo dentro. Había una muchacha tendida en el suelo, inmóvil, pero no pudo descubrir rastros de sangre a su alrededor. La ventana y la puerta estaban cerradas.

Retrocedió. Estaba casi seguro de haberle acertado al horrendo aparecido. Por algo era uno de los mejores tiradores de la policía de San Francisco. Moviéndose en círculos cada vez más amplios buscó un cuerpo tendido en el suelo...

No encontró nada, ni siquiera el menor rastro del paso de aquella cosa que viera. Ni gotas de sangre, como debiera haber habido si estuviera herido.

Regresaba hacia la casa cuando oyó la voz del viejo Rayton que gritaba:

—¡No vaya a disparar contra mí, Monroe...!

—¡Acérquese a la ventana iluminada!

—¿Está usted bien?

—Sí.

Vio que el anciano llevaba un Winchester en las manos. Y parecía muy bien dispuesto a utilizarlo.

—¿Sabe qué fueron esos gritos, Mark?

—Eche un vistazo por la ventana.

Entretanto él trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro.

—¡Es Alice! —chilló el viejo.

—¿Vive ella sola en la casa?

—Con su tía.

—Pues no parece que ésta haya acudido en su ayuda. Apártese de ahí. Tomó impulso y se lanzó salvajemente contra la puerta.

La madera crujió, astillándose alrededor de la cerradura, pero el pecho le ardió repentinamente y durante unos instantes permaneció encorvado, inmóvil, jadeando y lleno de dolor.

El viejo entró en la casa y se arrodilló junto a la muchacha tendida en el suelo.

—¡Está viva!

Dominando el dolor, Mark gruñó:

—Debió desmayarse al ver aquella cosa.

—¿Qué cosa, de qué está hablando?

—Se lo contaré después.

El se internó en la casa, intrigado y alarmado por el silencio de la otra mujer que debía estar allí.

La encontró en una pequeña estancia cuya ventana daba a la fachada delantera, y desde la que podía contemplarse la desierta calle. La ventana estaba abierta y el aire mecía la cortina.

La mujer estaba sentada en una mecedora. La mecedora oscilaba lenta, cada vez más lenta... y la mujer estaba muerta.

No obstante, Mark buscó su pulso. Luego trató de captar un asomo de aliento en ella. Cuando se irguió estaba más estupefacto que

nunca.
Tras él, Rayton mascculló:
—Igual que tos otros. Está muerta, ¿no es cierto?
—Ajá.
—Y no tiene ninguna herida.
—Aparentemente, no.
—No la tiene, seguro. Ninguno de los otros la tenía tampoco y les desnudamos para

aseguramos. Examinamos cada pulgada de sus cuerpos sin hallar ni un rasguño.
—Ocupémonos de la chica de momento. Ella está viva.
—La llevaremos a casa y Martha podrá ocuparse de ella.
—¡Dios, Martha!
Corrió hacia la puerta como una tromba. Alarmado, Rayton exclamó:
—¿Qué diablos le pasa ahora, Mark?
—¡Su nieta está sola y esa cosa continúa rondando en la oscuridad! Salió de estampida.
El viejo se estremeció, temblando.
—El diablo anda suelto —masculló—. No me cabe la menor duda... Tenía que suceder tarde o temprano... Teníamos que pagar...
Pero se echó a la calle pensando sólo en su nieta.
Sólo que Martha estaba bien. Llena de angustia, pero sana y salva.
De modo que regresaron a buscar a la desvanecida Alice y la llevaron a casa del anciano. En todo el pueblo nadie había asomado la nariz para averiguar qué significaban los alaridos, y el disparo... Nada.
El terror imperaba entre aquellas gentes, y ahora Mark comenzaba a creer que existían razones para que ese terror fuera algo más que producto de una estúpida superstición.
El mismo lo había experimentado. Lo había visto.

CAPITULO VI

Rayton no podía creerlo.
—¿Está seguro de haber visto una cosa así? —jadeó.
—Tengo buenos ojos, abuelo. Además, estoy habituado a.. Bueno, eso no importa. Vi ese monstruo o lo que fuera y le aseguro que si era un resucitado llevaba mucho tiempo muerto antes de esta noche. Era una pura piltrafa.
El viejo se rasgó el cogote, perplejo.
—Increíble —balbuceó—. Yo estaba dispuesto a creer que los muertos recientes, como la pobre mujer que ha visto, podían revivir por alguna maldita triquiñuela del diablo. Pero un espanto como el que usted describe, Mark...
—De cualquier modo, podía ser una máscara.
—Ni usted mismo cree eso.
—Francamente, no. Ninguna máscara puede convertir los ojos de un hombre en aquellas pupilas demoníacas. De modo que estamos como al principio, Rayton. ¿Quién era, «qué» era?
Con un suspiro el anciano replicó:
—Las respuestas a esas preguntas resolverían todos los problemas, me parece a mí. Parado junto a la ventana, Mark tendió la mirada por la oscuridad del exterior, hacia los invisibles campos y el bosque sombrío que cercaba Farling por sus cuatro costados.
Desde allí masculló:
—Por la mañana examinaré el cuerpo de esa mujer. Me niego a creer en todas esas monstruosidades.
Al oír un rumor junto a la puerta de la sala se volvió.
Martha y la otra joven estaban allí, mirándoles. Alice tenía el rostro lívido y una mirada extraviada en sus bonitos ojos de gacela asustada.
—
¿Se
encuentra
mejor?

Ella
se
estremeció,
—Aún me parece estar viendo aquella horrible aparición. Nunca imaginé que pudiera existir un espanto semejante.
—Si le sirve de consuelo, le diré que yo estuve a punto de echar a correr cuando lo vi. Rayton murmuró:
—Lamento mucho lo de tu tía, Alice.
—Yo no supe que estaba muerta hasta que Martha me lo dijo.

—¿No oyó usted nada, ni un grito, ni un estertor? La muchacha miró a Mark a la cara.
—Nada en absoluto. La dejé en la salita mientras yo recogía la cocina. Recuerdo que oí abrirse la ventana, pero eso es todo.
—¿Por qué la abriría? He observado que las gentes las mantienen cerradas incluso de día.
—Ya lo sé, y ella no la abría nunca tampoco. Ni ella ni nadie...
—Sin embargo, lo hizo. Estaba abierta cuando yo la encontré. El viejo propuso:
—¿Qué tal si nos acostamos? A menos que mi reloj ande destornillado con todo este

jaleo, son más de las dos de la madrugada. Alice se estremeció.

—¡No quiero quedarme sola en casa!

Martha dijo:

—Tranquilízate. Dormiremos juntas esta noche. En cuanto a usted, Mark, ya sabe cuál es su cuarto.

Rayton se dirigió a la puerta.

—Voy a comprobar que estén bien cerradas todas las puertas y ventanas.

Mark encendió un cigarrillo. Al quedar solo revisó el pesado revólver. Era una vieja reliquia, pero tan mortífero como pudiera serlo un moderno Magnum como el que él solía utilizar.

El anciano regresó poco después.

—Todo está bien asegurado —anunció—. Oiga, he pensado que usted puede sacarle mucho más partido a mi revólver que yo mismo. Mi pulso ya no es lo que fue en otros tiempos, así que quédese usted con el cinto también...

Se lo quitó. Mark esbozó una mueca al tenerlo en las manos. Pesaba una barbaridad, cargado como estaba de cartuchos.

—Bien, voy a sentirme como un *cow-boy* de los viejos tiempos con todo esto en el cinto...

—Ahora podemos acostarnos tranquilos.

Como si el destino quisiera desmentirle, un golpe sonoro resonó contra la puerta de la oficina, al otro lado de la casa.

—¡Maldita sea, hombre! A estas horas...

—¡Espere un momento, Rayton!

—¿Qué le pasa, cree usted que un monstruo como el que vio perdería el tiempo llamando a las puertas?

Mascullando entre dientes el anciano fue a abrir.

Sobre su cabeza, Mark oyó los rumores de las muchachas en el dormitorio de Martha. Los pasos de Rayton sobre el piso de madera cesaron. Se escuchó el chirriar de la puerta de la calle.

Y luego un grito ahogado, un sonido espeluznante que hizo que Mark saliera de estampida hacia la oficina.

El viejo había caído de rodillas y sobre él se inclinaba un hombre. Era apenas una masa informe que gruñía como un animal.

—¡Apártese, maldito! —rugió Mark.

El hombre se irguió poco a poco. En la penumbra él pudo ver parte de su rostro, de cuya boca escurría la sangre, y todo el terror del mundo le invadió una vez más.

—¡Apártese del anciano! —repitió, levantando el cañón del revólver. El desconocido soltó al viejo y el cuerpo cayó desmadejado al suelo.

Entonces, gruñendo de un modo pavoroso, avanzó contra Mark, la sangre ensuciándole la cara.

Rechinando los dientes, Mark tiró del gatillo. El revólver tronó entre las paredes y el enorme proyectil empujó al hombre hacia atrás dando traspiés. Pero no cayó.

Disparó otra vez y esta segunda bala le tiró contra la puerta. Sus pies se enredaron con

los del gimoteante anciano y al fin se desplomó más allá del portal.

El buscó la llave de la luz y encendió la lámpara del techo. Contuvo el aliento al descubrir la feroz herida en el cuello del viejo. Luego echó un vistazo al hombre muerto. Las dos balas debían haberle partido el corazón a juzgar por los dos orificios de entrada, casi juntos.

Oyó pasos y se volvió, Martha bajaba las escaleras a saltos.

Levantó al anciano y sosteniéndole entre sus brazos salió al encuentro de la muchacha.

—No se alarme, está vivo, aunque malherido.

—¡Dios...!

—Salga y eche un vistazo a ese hombre muerto. Y luego dígame si le conoce. Ella obedeció. Un alarido escapó de su garganta y se echó atrás aterrorizada.

—¡Es Kramer! —chilló.

—¿Uno de los que enterraron?

—¡Sí, sí!

—Bueno, dudo que ahora vuelva a resucitar. Hierva agua y traiga desinfectantes y vendas. ¡Apresúrese!

Ella estaba igual que paralizada por la visión del hombre muerto. Mark rugió:

—¡Condenación! ¿Quiere hacer lo que le digo?

El grito la hizo saltar y se fue corriendo hacia la cocina.

Mark llevó al anciano en brazos hasta el salón y lo tendió cuidadosamente en el diván. Allí examinó la herida. Era una sola dentellada, pero profunda, terrible. Afortunadamente no había afectado ningún órgano vital de la garganta.

Martha regresó poco después con vendas y desinfectantes. El le espetó:

—¿Dónde está Alice?

—Arriba... No quiso bajar cuando oímos los disparos.

—Bien, limpie esa herida mientras yo voy a cerrar la puerta.

—¿Y... y el cuerpo de Kramer?

—Hablaremos de eso después. Ocúpese de su abuelo. Yo vuelvo en seguida.

No podía saber que había desperdiciado un tiempo precioso imposible de recuperar. No podía imaginar que durante aquellos breves minutos una sombra silenciosa y siniestra como un enviado del infierno había cruzado la puerta pasando por encima del cadáver tendido en el umbral...

De haberlo sabido...

Mark arrastró el cuerpo y cerró la puerta, dando vuelta a la llave y corriendo el cerrojo.

Después se inclinó sobre el

cadáver.

Estaba extrañamente frío. No obstante, la sangre fluía aún de las heridas, líquida, tibia. Perplejo, se irguió. Todo aquello era un cúmulo de contrasentidos.

Justo en aquel instante, arriba, la voz de Alice emitió el alarido más espeluznante que pueda surgir de una garganta humana.

CAPITULO VII

Alice volvió a gritar, enloquecida. Cubierta sólo con un camisón que Martha le había prestado, se acurrucó en el rincón más alejado del cuarto, mirando despavorida al hombre que se le acercaba paso a paso.

Era un individuo alto y delgado, con el rostro tan blanco como la cera, ojos apagados y boca babeante. Tenía los labios retraídos en una mueca como de animal feroz, mostrando unos dientes amarillentos.

Intentó gritar otra vez, pero la voz no la obedeció y sólo emitió un sordo quejido.

El la alcanzó en aquel instante. Dio un zarpazo para atraparla y la muchacha logró esquivarlo, pero una larga tira del camisón quedó entre los dedos como garras.

Con un gruñido, el atacante cambió de dirección acorralándola de nuevo. En su rostro no había expresión alguna, sólo aquella mueca de ferocidad de su boca babeante. Por lo demás, era el rostro de un muerto.

Mark apareció en la puerta, donde se detuvo en seco.

—¡Aquí, Alice! —gritó.

Ella se precipitó sobre él enloquecida de espanto enredándole entre sus brazos.

—¡Maldita sea, suélteme!

La apartó violentamente arrojándola al pasillo para poder enfrentarse al desconocido que ya avanzaba contra él.

—¡Deténgase donde está! —rugió mostrándole el revólver. No le hizo el menor caso, como si ni siquiera le hubiese oído.

Mark titubeó. Le repugnaba matar a un hombre desarmado, incluso en aquellas circunstancias.

—¡Párese le digo! —gritó.

Tampoco esta vez el otro hizo el menor caso. Paso a paso, se acercaba a él indiferente a la amenaza del enorme revólver.

Sólo aquellas quijadas tensas y babeantes y el sordo gruñido, demostraban que todo lo que ansiaba era matar.

Obedeciendo a un repentino impulso, Mark enfundó el revólver y masculló:

—A ti te cazaré vivo, amigo...

Saltó anticipándose al ataque del otro y descargó un zurdazo capaz de desnucar un buey.

El golpe obligó al hombre a retroceder trastabillando, pero en su rostro no apareció la menor expresión de dolor o de cólera. Aparentemente era como si no hubiera recibido el tremendo golpe.

Luego, sus manos atraparon a Mark y éste se sintió dominado por una fuerza colosal, inhumana.

Por un instante el terror le paralizó, porque el aparecido, fuera quien fuere, tenía una fuerza invencible. Le golpeó desesperadamente, una y otra vez, mientras se sentía dominado por el abrazo de hierro y las fauces abiertas y babeantes se cernían sobre su cuello.

Se retorció dolorosamente. El pecho le ardía en secas llamaradas de dolor y pronto notó el viscoso correr de la sangre en su piel. La herida debía haberse abierto a causa del

terrible esfuerzo, del espantoso abrazo del monstruo.

Desesperado, Mark buscó la culata del revólver y lo arrancó de la funda. Estaba pegado al cuerpo que se apretaba contra él. Apoyó el cañón del revólver en alguna parte y disparó repetidamente.

Notó en el suyo los espasmos del otro cuerpo al encajar los pesados proyectiles. La tenaza que le ahogaba se aflojó. Vio cerrarse las fauces con una mueca atroz, las fauces que ansiaban destrozarle la garganta...

Volvió a disparar y esta vez el plomo empujó el cuerpo ya inerte lejos de él. Sólo entonces advirtió los gritos de Martha y Alice en el pasillo y se volvió. Las muchachas estaban allí mirándole con ojos espantados.

—Bueno, ya pasó —dijo, jadeando—. ¡Cállense o me volveré loco yo también!

El cuerpo retorcido del atacante aún se estremecía tumbado en el suelo. Era increíble que no estuviera muerto.

Se acercó inclinándose sobre él y le dio la vuelta. La cara continuaba absolutamente inexpresiva, como una gárgola de piedra sin emociones, sin dolor, sin siquiera agonía.

Tras él, Martha balbuceó:

—¡Trevor..., Richie Trevor!

—¿Otro de los muertos y enterrados?

—¡Sí!

—Está bien. Vuelva abajo y llévese a Alice. Cuide de su abuelo y yo me ocuparé de todo lo demás.

Al quedar solo se desabrochó la camisa. La sangre empapaba el apósito adhesivo que le cubría la extensa cicatriz que debía haberse abierto.

El cuerpo en el suelo dejó de estremecerse. Arrodillándose junto a él, Mark le examinó las pupilas. Excepto la expresión muerta no había señal alguna de drogas en aquellos ojos. Buscó huellas de pinchazos en brazos y piernas y tampoco encontró nada parecido.

—Acabaré creyendo que han resucitado realmente —masculló entre dientes, levantándose.

Arrastró el cuerpo escalera abajo para acabar tirándolo junto al otro, en la oficina del teléfono. Después se internó en la casa.

Martha acababa de vendar el cuello del anciano y se volvió. Hizo un gesto de alarmado estupor al descubrir el vendaje empapado de sangre.

—¿Qué significa eso, Mark, está herido?

—Salí del hospital hace muy poco tiempo. La violencia de esta noche debe haber hecho saltar los puntos de sutura y la herida se ha abierto.

Alice, casi desnuda con su camisón desgarrado, estaba sentada en una butaca. Jadeaba, como si apenas pudiera respirar. Su cuerpo tenía una piel blanca y delicada.

Mark rezongó un juramento entre dientes y Martha sugirió:

—Quítese el apósito, Mark. Le vendaré de nuevo.

El asintió. Hubo de quitarse la camisa y al librarse del vendaje adhesivo no pudo contener un gruñido de dolor.

Martha desorbitó los ojos al ver la enorme cicatriz.

—¡Cielos! ¿De qué le operaron? —exclamó.

El consiguió sonreír.

—De una infección de plomo. Muy cerca del corazón.
—¿Qué?
—Un disparo. Una bala.
Ella iba de sorpresa en sorpresa.
—Mark... ¿Quiere decirme quién es usted?
—Aquí, un forastero que vino buscando paz y tranquilidad. En San Francisco, soy teniente de la Brigada de Homicidios.
—¡Un oficial de policía!
—¿Estropea eso mi imagen?
—¡Oh, por supuesto que no!
—Está bien, olvídelo de momento. ¿Cómo está su abuelo?
Un gruñido del anciano fue la respuesta, demostrándole que había recobrado el conocimiento.
Martha se ocupó de su herida. Sus sensitivos dedos sobre la piel desnuda de su torso le produjeron una turbadora sensación de calor y de intimidad.
Dijo sin rodeos:
—Las manos de las enfermeras del hospital jamás me produjeron tanto placer... Ella esbozó una sonrisa.
—No bromee, Mark.
—No bromeo,
Martha levantó la mirada y sus ojos profundos y asustados sostuvieron la de él sin una vacilación.
—Espero que cambien las circunstancias —gruñó—, para que podamos tener experiencias más agradables que éstas.
Ella asintió y dijo:
—Ha sido terrible. ¿Qué cree usted que son esos... esos hombres?
—¿Cómo voy a saberlo? Todo lo que me han dicho ustedes es que esos individuos fueron enterrados. No obstante, ahora aparecen con una fuerza colosal, sobrehumana, como fieras hambrientas. Es algo que no tiene una explicación lógica ni racional.
Desde el diván, el anciano masculló: —Se lo dije... Es cosa del diablo, Mark. Todos es- tamos malditos en este pueblo.
—¿Malditos por quién, por ese diablo de que habla?
—Yo sé lo que me digo...
—Hasta ahora dice muchas tonterías, abuelo. ¿Cómo se siente? El viejo ladeó la cabeza. Hizo una mueca y murmuró:
—Me duele como el infierno, pero pudo haber sido mucho peor. ¡Maldita sea mi estampa! Es algo de locura, Mark. Kramer estaba bien muerto. Lo comprobamos antes de enterrarle. Y ahora aparece aquí y por poco no me arrancó el cuello de una dentellada.
Martha susurró:
—Kramer... y Trevor, abuelo.

—¿Trevor también?

—Me vi obligado a matarle arriba, Rayton. Atacó a Alice y luego a mí. Tenía una fuerza descomunal, como nunca imaginé que pudiera poseer un hombre. Casi me partió por la

mitad sólo apretándome entre sus brazos.
—Le dije que no son humanos. ¿Le pasó algo a Alice? Esta levantó la abatida cabeza.
—No, señor Rayton. Yo... yo estoy bien.
El viejo se esforzó por girar la cabeza y verla. Enarcó sus cejas como cepillos y comentó:
—Cuernos, Alice, ya veo lo bien que estás... Martha dio un respingo.
—¡Abuelo! —le reprochó.
—¿Qué quieres? Tengo ojos en la cara... y un dolor infernal en el cuello. Martha sacudió la cabeza.
—Subamos arriba, Alice, te ayudaré a vestirte.
Las dos muchachas abandonaron el pequeño salón. Rayton gruñó:
—¿Qué opina ahora?
—Estoy desconcertado. No puedo decir otra cosa.
—Eso es lo menos que puede estar. Habrá de convencerse de que todo esto es algo diabólico, sobrenatural. Esos seres no son humanos.
—Tampoco parecía humano el monstruo que yo vi cerca de la casa de esa chica, y aquel se dio una prisa endemoniada al desaparecer cuando disparé.
En aquel instante recordó otra cosa y dijo:
—Oiga, Rayton, su nieta me dijo que habían sacrificado a todos los perros del pueblo.
¿Por qué lo hicieron, tiene eso alguna relación con lo que está sucediendo?
—Lo ignoro. Los perros fueron muertos porque dos animales aparecieron con claros síntomas de rabia. Habían andado sueltos por el pueblo y ante el temor de que la enfermedad se extendiera la gente decidió acabar con los demás, ante la posibilidad de que hubieran sido contagiados.
—Se me antoja una medida brutal y salvaje. De vez en cuando aparecen perros atacados de esa maldita dolencia, y no por eso se sacrifican todos los demás de la población.
—Bueno, eso es cierto, pero en nuestro caso se dieron unas circunstancias especiales. Los perros atacados por el mal habían sido vacunados recientemente contra la rabia.
Calló, agotado, y cerró los ojos.
Mark sintió un escalofrío y de modo instintivo miró con aprensión el cuello del anciano, donde unos dientes feroces habían dejado su

profunda y terrible huella.
¿O habrían dejado algo más?

CAPITULO VIII

—Nadie quiere tocarlos —refunfuñó el viejo a la mañana siguiente —. Ni siquiera para llevarlos otra vez al cementerio.
—Se me ocurre que las gentes de este pueblo son algo muy especial. Clark tenía razón por lo que veo.
—Algo hay que hacer, Mark. Me dan grima esos cuerpos tirados en la oficina.
—Si alguien nos presta un carro podemos sacarlos nosotros mismos.
El viejo se rascó la nuca. Llevaba el cuello cubierto por los vendajes y su rostro estaba lívido y ceniciento.
Bajo la luz del sol, la pesadilla de la noche anterior parecía algo irreal, extraño y remoto. No obstante, los cadáveres que esperaban eran una prueba palpable de que no había sido una simple pesadilla lo acaecido en aquellas horas terribles.
Y por si a alguien le hubiese quedado alguna duda, ahí estaba el cuello del viejo Rayton. Este refunfuñó:
—Lo intentaré. El carpintero habrá de ayudarnos le guste o no. Además, él tiene un carro y fabrica los ataúdes.
Con una mueca, Mark gruñó:
—Su negocio debe florecer de un tiempo a esta parte.
—Celebro que aún conserve el sentido del humor... Quédese aquí cuidando de las chicas mientras yo voy a hablar con el carpintero.
Al quedar solo, Mark se sirvió otra taza de café. Encendió un cigarrillo y trató de reflexionar sobre todo lo sucedido.
Sobre su cabeza oía los rumores de las muchachas y eso le tranquilizaba.
Al fin fue a dar otro vistazo a los dos cuerpos tirados en un rincón de la oficina. Ahora, después de aquellas horas y a la luz del día, no tenían un aspecto tan terrible como durante la noche.
Asomándose a la calle comprobó una vez más que estaba desierta.
Tras él, Martha apareció descendiendo las escaleras en silencio. Se detuvo al verle y por unos instantes se limitó a observarle, intrigada por el hombre que tan inesperadamente había irrumpido en sus vidas.
El la descubrió cuando acabó de cerrar la puerta.
—Hola. ¿Cómo está tu amiga?
—Agotada.
—Claro... Vivió un infierno anoche. ¿Y tú, cómo te sientes? Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Asustada, eso sobre todo.

—Yo también estoy asustado —sonrió él—. Lo que me intriga es que hayas continuado viviendo en este lugar si todo esto empezó hace ya tiempo.

—No podía abandonar al abuelo. Ha sido tan bueno conmigo, y paciente... Era apenas una niña cuando murieron mis padres. El me rodeó de cariño desde entonces.

—Comprendo.

—¿Dónde está ahora?

—Fue a hablar con el carpintero para sacar esos cuerpos de aquí. Martha no pudo disimular un escalofrío.
—Son horribles... ¿Qué piensa usted que les hizo volver a la vida?
—No tengo ni la sombra de una idea. Y no me llames de usted. Haces que me sienta más viejo de lo que soy.
—Es curioso...
—¿Qué?
—Apenas te conozco. Hace sólo unas horas que llegaste y por alguna extraña razón no te considero un forastero, un extraño. No me había sucedido nunca.
—Quizá se deba a que has conocido pocos forasteros.
—Tal vez. ¿Aún te duele la herida?
—Ya no. Y dejó de sangrar tan pronto tú pusiste tus manos en ella. Eso es algo a tener en cuenta.
—No te burles. Me asusté tanto cuando vi que estabas sangrando... Pensé que... Bueno, no sé lo que pensé.
El sonrió.
En la calle se oyó el rechinar de unas ruedas. Quedaron mirándose fijamente, como si los dos tuvieran tantas cosas que decir que no supieran por dónde empezar.
Luego, la puerta se abrió y el breve instante de intimidad se desvaneció. Rayton dijo al entrar:
—Me ha costado sudar sangre convencerle..., pero al fin lo conseguí. Nos ayudará. Asomándose, Mark vio que en el carro ya viajaba un rudimentario ataúd. El viejo explicó:
—Es Thelma Ray.
—Claro...
El carpintero, un hombre delgado y pálido, entró para ver lo que le esperaba allí dentro. Cuando comprobó que realmente tos cuerpos que estaban tirados en el suelo eran los de quienes ya fueran enterrados, por poco no se cayó de espaldas.
—Eso es cosa del demonio —balbuceó—, ¿Qué podemos hacer, Rayton? Mark gruñó:
—De momento, sacarlos de aquí. Si hubiera una cámara frigorífica habrían de conservarlos para una posterior encuesta, pero ahora sólo podemos enterrarlos. Ayúdeme a cargarlos en el carro.
El carpintero dio un salto atrás.
—¡Yo no pongo las manos encima de esos..., de esas cosas!
—¿Por qué no? Son sólo cadáveres.
—También lo eran la otra vez. Y aquí los tiene usted. Mark soltó un juramento.
—¿Qué teme, que le contagien su inmortalidad? Le aseguro que

ahora están bien muertos.
—No pienso tocarlos siquiera.
—Muy bien, héroe, apártese de ahí entonces.
Uno tras otro, arrastró los cuerpos sin contemplaciones y acabó tirándolos dentro del carro como fardos. Quedaron tumbados al lado del ataúd.
Volviéndose desde allí dijo:

—Ya podemos llevarlos a donde deben estar.

Rayton gruñó:

—No quiero dejar solas a las chicas.

—Pero yo le necesito a usted... Martha, ¿te atreves a acompañarnos?

—Yo sí, pero Alice...

—Sube arriba y pregúntale.

Esperaron en silencio. El viejo pasó al otro lado del pequeño mostrador y volvió a salir armado con su Winchester. Dio un vistazo al revólver que colgaba del cinto de Mark y cabeceó, asintiendo para sí.

Las dos muchachas aparecieron poco después. El carro se puso en marcha, con el carpintero en el pescante y ellos caminando detrás.

Nadie asomó para verlos, ni nadie salió para unirse a la sombría comitiva. Al llegar al cementerio, el carpintero explicó:

—Antes teníamos un pastor, ¿sabe usted? Pero también se largó de aquí. Ojalá yo hubiese hecho lo mismo.

—¿Por quién empezamos, Andy?

—Por Thelma Hay una fosa abierta ahí, entre los árboles.

Entre él y Mark bajaron el ataúd y mediante unas cuerdas lo deslizaron hasta el fondo de la fosa. El carpintero temblaba violentamente.

—Yo no me quedo a llenar esto de tierra —rezongó, pálido y asustado—. En cuanto hayamos descargado los otros me largo a escape.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Hay más gente en el pueblo. Que carguen con su parte. Se fue hacia el carro apresuradamente. Rayton comentó:

—No puedo reprochárselo. Después de todo no le falta razón.

Descargaron los cadáveres. El hombre subió al pescante, azuzó al caballo y se fue al trote.

Las dos muchachas estaban rezagadas, deseosas de evitarse la contemplación de los cuerpos.

Rayton señaló a un lado.

—Los enterramos ahí, en esas tumbas. ¿Cree que usted y yo solos podremos desplazar las losas de piedra?

—Vamos a probarlo y saldremos de dudas.

Sobre una de las tumbas estaba grabado el nombre de Kramer. Mark la señaló:

—Empecemos por ésta...

Les costó ímprobos esfuerzos descorrer la maciza piedra. Abajo apareció el ataúd con la tapa ladeada.

Estaba vacío.

—Me pregunto cómo pudo salir de aquí —barbotó el anciano casteñeteándole los dientes.

—Vamos a meterle otra vez.

Devolvieron el cadáver de Kramer a su ataúd. Luego la emprendieron con la fosa de Trevor.

Igual que el otro, el ataúd estaba vado.

Cuando terminaron su macabra tarea Rayton dijo con un hilo de voz:
—Creo que es inútil examinar los otros... Estarán vacíos también.
—Sin embargo, abuelo, quiero comprobarlo. A regañadientes, el viejo le secundó.
Tanto el ataúd de Gordon Mars como el de su esposa aparecieron vacíos.
—¿Y ahora qué, Mark?
—Sé lo mismo que usted. Mejor dicho, menos, porque apenas llevo veinticuatro horas en este manicomio.
Se reunieron con las muchachas y abandonaron el cementerio estremecidos aún por su descubrimiento.
Rayton exclamó de pronto:
—Olvidé decirle a Andy que construyera un ataúd para tu tía, Alice...
—Antes de enterrarla —terció Mark—, quiero examinarla detenidamente.
—Allá usted. No encontrará nada anormal en ella, sólo que está muerta.
Al llegar al pueblo, Rayton escoltó a las jóvenes hacia su casa, mientras Mark se dirigía a la de Alice para reconocer el cadáver de la mujer pulgada a pulgada.
Sólo que no había nada que examinar. El cadáver había desaparecido.

CAPITULO IX

Avanzada la tarde, Mark aplastó furiosamente el cigarrillo y gruñó:

—Salgamos a dar un paseo, Martha. Quiero ver los alrededores del pueblo. Estaban solos en la salita. Ella le miró serenamente.

—Me gustaría, Mark, pero no me atrevo a dejar sola a Alice.

—Ella estará perfectamente en compañía de tu abuelo.

—Bueno, pero... ¿por qué quieres salir precisamente ahora?

—Podría darte cien razones, pero con dos será suficiente. Una, quiero reconocer los alrededores. Otra, quiero estar a solas contigo.

—Entiendo.

Se levantó y le dejó solo.

Minutos más tarde regresó. Se había cambiado de vestido y parecía más juvenil y llena de vida que nunca.

Caminaron uno al lado del otro por la silenciosa y desierta calle. En una tienda, un rostro de mujer atisbo a través de los cristales, espiándoles.

En otra ventana, alguien movió también las cortinas delatando así una presencia oculta. Tan pronto dejaron atrás las casas, Mark tomó la mano de la muchacha y recorrieron un trecho en silencio. Luego, ella preguntó:

—¿Qué crees que pasó con la tía de Alice?

—No lo sé, naturalmente. Pero de una cosa sí estoy seguro, y es de que no se fue por su propio pie. La arrastraron un trecho hasta la puerta de la cocina.

Ella dio un respingo y apretó los dedos que tenía en la mano de él.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve investigando allí esta mañana. ¿Has olvidado que soy policía? Encontré suficientes indicios como para recomponer el cuadro de lo sucedido. Alguien la sacó del saloncito en que estaba. La alfombra quedó arrugada, y los pies de la mujer, calzados con zapatos, dejaron huellas en el suelo de la cocina. Había otros indicios, aunque no tan claros.

Caminaban lentamente por un sendero de tierra que se alejaba del pueblo, hacia la colina en cuya cima se alzaban las ruinas de lo que debió ser un gran edificio de piedra. El bosque, ahora mucho más próximo, era umbrío y parecía impenetrable.

La muchacha comentó de pronto:

—Si viniste en busca de paz, como dijiste, no cabe duda que has encontrado todo lo contrario.

—Te he encontrado a ti.

Ella le miró con una cálida expresión en su hermoso rostro. Sonrió.

—También has encontrado el horror de algo que no es de este mundo. Pero ojalá hubieses llegado mucho antes... Cuando todo esto empezó.

—Realmente, ¿sabes cuándo empezó?

—Si te refieres a las muertes y todo eso, claro que lo sé. Pero si quieres decir cuándo la gente se volvió como es, entonces no, Mark. Mis recuerdos de niña son de un pueblo como tantos otros, ni más triste ni más alegre, con gentes normales, que se visitaban, ce-

lebraban fiestas, reuniones. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y cuándo advertiste el cambio?

—Hace ya años. Estuve interna en una escuela superior de Dochester. Una vez, cuando llegué a Farling para visitar al abuelo, ya todo era distinto y con el tiempo el aislamiento de cada uno en sí mismo se ha agudizado, hasta llegar a los extremos que tú has podido comprobar.

Al pie de la colina se detuvieron. Mark señaló hacia arriba.

—¿Qué son esas ruinas, lo sabes?

—Lo que queda de una gran casa más o menos señorial. El fuego la destruyó. Recuerdo que era enorme y destartalada y desde niña oí contar que fue una de las primeras que se construyeron en esta región, cuando aún había pieles rojas combatiendo. Pero a pesar de ser tan sólida, el fuego la destruyó —terminó, pensativamente.

—¿Cuándo?

—No lo sé exactamente, creo que hace unos diez años o así. Yo estaba interna en la escuela entonces.

Siguieron el sendero que se encaramaba por el altozano.

Crecían árboles viejos y retorcidos en las laderas, y el suelo estaba cubierto de hierba verde y fresca. Más allá de la colina se alzaba ya el bosque.

El sol, en el ocaso, alargaba las sombras de los derruidos muros, y mostraba las extraordinarias dimensiones que debió tener la construcción.

Mark paseó la mirada en torno. Luego, soltando la mano de la muchacha, caminó por entre los ingentes montones de ruinas.

—Debió ser toda una fogata para destruir un edificio tan sólido...

—Vámonos de aquí, Mark. Este lugar deprime. A la gente del pueblo no le gusta venir por estos parajes.

—¿Por qué, también creen que las ruinas están embrujadas?

—No te burles de sus creencias, por favor. Después de todo lo que ha sucedido, una tiene la sensación de que mil ojos la vigilan, de que fuerzas ocultas y terribles acechan por todas partes.

—Así que es eso lo que creen...

—No lo sé, pero de cualquier modo es un lugar que impresiona.

—Está bien, como quieras.

Volvieron al sendero, pero luego se desviaron para descender por otra ladera, entre matorrales olorosos y copudos árboles que ensombrecían la tierra al ocultarse el sol.

Se detuvieron en un pequeño calvero. Mark encendió un cigarrillo y, sentándose en la hierba, tiró de la mano de la muchacha obligándola a sentarse a su lado.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No..., fumo muy poco.

—Yo tampoco debería fumar. Los matasanos del hospital dijeron que debía dejarlo, por lo menos los primeros meses. Bueno, no siempre hay que hacerles caso.

Ella le miraba a la cara, y a él sus ojos se le antojaron profundos y misteriosos.

—Creo —dijo—, que ahora es cuando debo besarte.

—Hazlo.

Se inclinó para besarla y quedaron tendidos sobre la hierba. La muchacha abrió los labios

como si con el beso quisiera absorber también el aliento y la vida del hombre. Un instante después sintió la caricia de su lengua y se removió para responder mejor al beso.

Incomprensiblemente, Mark se sintió igual que un adolescente, lleno de ternura, de amor y de deseo. En su mano notó la plenitud del pecho rotundo y cálido mientras ambos saboreaban el infinito gozo de aquel instante, la ternura que les inundaba y el fulgor de los labios ardiendo como una llama creciente.

—¿Mark...?

—Te quiero.

—Hagamos el amor, ¿quieres?

—¿Quieres tú?

—Sí. ¡Oh, sí, Mark!

La oscuridad descendía por instantes y el susurro del aire se llevaba las palabras, como saboreándolas.

Se abrazaron envueltos en sombras, besándose, hundidos en un mar de caricias. Sin despegar los labios la muchacha murmuró:

—Hazlo con ternura, Mark.

—Con todo mi amor.

—Despacio, cariño... Así...

Ya no eran más que sombras en la oscuridad.

En la misma oscuridad que ocultaba otra sombra informe, al otro lado de unos matorrales.

Una sombra que acechaba en silencio.

Sobre la hierba, la oscuridad se convertía en suspiros, en palabras mudas, en un estallido vital de placer y plenitud.

Cuando la muchacha apartó el rostro de la cara de él jadeaba con violencia, pero sus ojos brillaban con una luz nueva, y su cuerpo aún vibraba entre las manos del hombre.

Mark esbozó una sonrisa y volvió a besarla lenta y dulcemente.

Ella se abandonó entre sus brazos como suspendida en un mundo nuevo y limpio donde no cabían terrores ni inquietudes, donde todo era paz y ternura, y placer, y ansias nuevas y apasionadas como no recordaba haber experimentado jamás.

Sin embargo, la sombra agazapada en las tinieblas seguía allí, inmóvil, y un sordo estertor parecía brotar, silencioso igual que un suspiro, de su boca informe.

Mucho después Martha susurró:

—Debemos volver, cariño. Estarán inquietos.

—He perdido la noción del tiempo.

Ella le sonrió como nunca mujer alguna le había sonreído.

—Yo olvidé hasta mi nombre —musitó.

Se levantaron. Antes de emprender el regreso, Mark se volvió en

la negrura, dirigiendo la mirada hacia la cumbre de la colina. Como si hablara para sí mismo dijo:

—Da cualquier modo, este lugar está realmente embrujado, pero no del modo siniestro que la gente cree. Recordaré estas ruinas mientras viva.

Le rodeó la cintura con su brazo y se apresuraron colina abajo.

La sombra agazapada se irguió, informe en la oscuridad. Si Mark hubiera podido ver aquella carátula horrenda habría tenido otras cosas en que pensar, no sólo en el influjo de las ruinas.

CAPITULO
X

Estaban los cuatro en el saloncito después de cenar. De vez en cuando, Mark y la muchacha cambiaban una mirada que era todo un diálogo apasionado y silencioso.

Las dos jóvenes contenían sus temores en una tensa espera, como si estuvieran seguras de que algo terrible iba a suceder también esa noche.

De pronto, Mark se volvió hacia el viejo.

—Hábleme de lo sucedido hace años, Rayton. De lo que fuera que convirtió un pueblo cualquiera en una comunidad de gentes insolidarias, sombrías, aisladas y hurañas, encerradas en sí mismas, como si desconfiaran unos de otros.

—Esa historia no tiene nada que ver con lo que está pasando ahora.

—Quizá no, pero quiero saberlo. Debió ser algo muy grave para causar semejante efecto.

Rayton chupó su pipa arrancándole una espesa nube de humo. Permaneció en silencio largo tiempo, captando el interés no sólo del forastero, sino de las dos muchachas.

Mark comenzaba a pensar que tampoco esta vez iba a conseguir que hablara, cuando el viejo explicó tras un carraspeo:

—Sucedió hace unos diez años, Mark. Todo empezó de un modo absurdo, incomprensible cuando se contempla con la perspectiva del tiempo. Vivía un hombre extraño en el caserón del altozano. Era un edificio espléndido, de piedra y madera, el mejor que yo haya visto nunca. El hombre que lo había comprado se llamaba Hansey Luseko y nadie era capaz de adivinar su edad. Igual podía tener cuarenta que ochenta años, era un caso raro. Tan raro que no se relacionaba con nadie.

Arrancó una nube de humo de la pipa, tomándose tiempo para ordenar sus recuerdos.

—Tal vez su aislamiento fuera debido a que tenía una mujer que sufría una parálisis deformante. O a que su hija era sordomuda, aunque la recuerdo como una bonita criatura de trenzas largas y rubias. Todo eso lo he pensado después, claro. Entonces... Bueno, sólo se sabía que era un hombre extraño del que nadie sabía nada. En los pueblos, esa clase de individuos son los que levantan olas de comentarios y atraen la atención de las malas lenguas.

—Supongo que se refiere usted a la casa de la colina, a lo que ahora es un montón de ruinas...

—Ciertamente, allí estaba el caserón.

—Está bien, continúe.

—Un mal día alguien empezó a extender un rumor que caló hondo en las gentes. Sucedió que en el correo, que llegaba una vez por semana, le traían siempre paquetes de libros. Infinidad de libros, en un lugar donde no se leían ni los periódicos. Bueno, aquel día, el paquete que llegó se le cayó al tipo de la camioneta y los libros se esparcieron por el suelo. Eran libros sobre brujería, cultos al diablo, supersticiones extrañas, ende- moniados y magia negra. Algunos escritos en lenguas extranjeras.

—Ya veo...

—Los libros le fueron entregados, naturalmente, pero la mayoría de vecinos comenzaron a murmurar. En cuestión de horas no quedó nadie que no estuviera con-

vencido de que en el caserón ocurrían cosas monstruosas.

—Y todo eso porque vieron unos libros...

—Se dijo que Lusenko invocaba al demonio y que éste, Satán, moraba en la casa. Que celebraba horribles ritos y misas negras, con sacrificios sangrientos y otras barbaridades. Se habló de echarle de la comarca, de colgarle de un árbol, ¡Qué sé yo! De cualquier modo, seguían llegando regularmente paquetes de libros, y de pronto también cajas con extraños y delicados instrumentos que nos tenían en vilo. Y observe usted que yo me incluyo también. Estábamos sobre ascuas.

Martha murmuró:

—¿A nadie se le ocurrió interesarse por él, por lo que fuera que estuviera haciendo?

Abiertamente quiero decir, preguntándole.

—No, nadie hizo eso. Y así las cosas, un día alguien llegó despavorido diciendo que había oído pavorosos gritos en el caserón. Gritos terribles de una mujer.

Calló y durante unos instantes nadie abrió la boca. La pipa se le había apagado y se tomó tiempo para encenderla de nuevo.

—Ahora, después de tantos años —prosiguió—, pienso que pudo ser cierto. La parálisis deformante de aquella mujer, el mal que la consumía, debía hacerla sufrir de un modo doloroso y cruel.

Mark gruñó:

—Creo que adivino el final, Rayton.

—No es difícil. Lo de los gritos exaltó los ánimos reafirmando a la gente en las creencias de que el diablo aparecía entre aquellas paredes, acudiendo a los ritos infernales de Lusenko. Y entonces, para acabar de estropear las cosas, un niño desapareció. Un chiquillo de unos seis años, revoltoso, travieso y desobediente. Simplemente, se esfumó. Fue la gota que colmó el vaso. Alguien insinuó que había sido llevado a la casa para ser sacrificado en una ceremonia negra ofrecida a Satán. Todo el pueblo saltó, rugiendo y vociferando.

Mark suspiró. Había oído historias semejantes de otros lugares, sobre todo de lugares aislados, con comunidades atrasadas y de escasa cultura. En sus temo res supersticiosos, era suficiente una chispa en el momento psicológico preciso para convertir a un pueblo en una jauría salvaje capaz de arrasarlo todo.

—Irrumpieron en el caserón —prosiguió el viejo con voz ronca—. Lo registraron arrasándolo. No vieron ni rastro del chiquillo desaparecido, claro, pero encontraron un laboratorio y eso, en aquel entonces, les pareció la confirmación de todas sus sospechas. Encontraron también a la desgraciada mujer paralítica. Estaba confinada en una silla, retorcida, informe, las manos agarrotadas y

la boca torcida. Una pobre ruina humana... Un monstruo por aquel entonces. Para qué seguir. Lo destruyeron todo, amontonaron los cientos de libros que había y les pegaron fuego. Así fue como el caserón ardió como una tea.

—¿Qué fue de Luseko y su familia?

—Se quedaron dentro, él aullando y tratando de salvar a su mujer y a su hijita. No lo consiguió. Nunca pudo salir de aquel infierno, Mark. Y así fue como empezó todo. Después de tal salvajada comenzamos a darnos cuenta y a adquirir conciencia del crimen

cometido. Todos éramos culpables, unos por la acción, y los otros por omisión. Ya nadie era capaz de mirar a la cara a los demás ni de soportar que le miraran fijamente. Poco a poco fuimos aislándonos, metiéndonos en nuestro caparazón... y hasta ahora.

Martha exclamó rechinando los dientes:

—¡Fue un crimen brutal y salvaje, abuelo!

—Me queda el pobre consuelo de que yo no tomé parte. No fui al caserón aquella noche. Pero tampoco hice nada para detenerlos, esa es la verdad, aunque pienso que nada ni nadie habría podido detener a toda la gente desencadenada.

—¿Se encontró después al niño desaparecido?

—Jamás volvió a saberse una palabra de él. Tengo para mí que se extravió en el bosque y fue víctima de las alimañas. Entonces abundaban aún los linces, hasta que fueron exterminados años más tarde.

Mark no volvió a pronunciar palabra. Se limitó a fumar y escuchar distraídamente los espantosos comentarios de las dos jóvenes y el anciano. Reflexionaba profundamente, luchando por unir los retazos de sus pensamientos dispersos.

Hasta que de pronto dijo:

—Oiga, Rayton. ¿Recuerda usted quiénes dirigieron a la multitud aquella noche? En todos estos tumultos siempre hay unos líderes más exaltados, hombres o mujeres, que son quienes desencadenan los acontecimientos. ¿Puede recordarlo?

—Ha pasado mucho tiempo, Mark...

—Inténtelo.

Rayton frunció el entrecejo, mordisqueando su pipa que de nuevo se le había apagado. De repente se enderezó en el sillón. Una intensa palidez se adueñó de su cara arrugada mientras una mirada de absoluto estupor desorbitaba sus ojos.

—¡Cielo santo! ¿Cómo lo supo usted?

—¿Cómo supe qué?

—Que los más exaltados, los que materialmente condujeron a la gente y los enardecieron hasta el delirio final, fueron tos que ahora han muerto... Los Mars, Trevor, Kramer, Thelma Ray... El mismo Andy, el carpintero... ¡Fueron todos ellos, Mark!

Alice balbuceó:

—¿Mi tía también, abuelo?

—También. Tu tía era metodista fanática. Veía pecados y demonios en todas partes. Arengó a las gentes en medio de la plaza y se fue con ellos vociferando como una iluminada.

Con voz rota, Martha murmuró:

—¿Crees que hay una relación entre los que sucedió entonces y lo que está pasando ahora?

—Es imposible saberlo, linda. Pero no deja de ser sorprendente que precisamente los que provocaron aquel crimen colectivo hayan sido los primeros en morir ahora.
—Suponiendo que estén muertos —rezongó el viejo.
—Uno podría pensar en una venganza de aquel desgraciado. ¿Cómo se llamaba, Luseko? Rayton sacudió la cabeza.
—Olvídalo. Si lo que pasa fuera cosa de él entonces sí que habríamos de convenir que es el mismo Satanás en persona, porque Luseko murió abrasado aquella noche. No cabe la

menor duda sobre eso.

—Quizá logró escapar en medio de la confusión.

—Imposible. La gente rodeó el caserón mientras ardía. Ni una rata habría conseguido pasar por entre el cordón de vociferantes energúmenos sin ser vista. Mucho menos un hombre. Ten en cuenta que las llamas convertían la noche en día.

—Entiendo.

—Murieron allí, abrasados, Mark. Eso es lo terrible.

—Ahora comprendo la actitud de toda la gente.

—Todos sufrimos un cambio. Mira, hasta entonces nunca se habían cerrado las puertas de las casas. Jamás se había cometido el menor robo. Bueno, a partir de aquella noche maldita la gente se encerró bajo siete llaves y comenzaron a desaparecer cosas, algunas absolutamente ridículas. Raterías absurdas a veces, pero robos a fin de cuentas. Nos cayó como una maldición.

Mark guardó silencio. Trataba de encontrar un hilo que relacionara lo sucedido diez años atrás con los terribles acontecimientos presentes.

Hubo de darse por vencido. Sólo murmuró:

—Sea como sea, creo que han pagado muy caro ya aquel criminal estallido. Miró su reloj. Pasaban de las once de la noche.

—Deberíamos acostamos —propuso. Vacilaron. El temor a quedarse solas las vencía. Rayton gruñó:

—Opino que deberíamos velar por tumos, toda la noche. He cerrado puertas y ventanas, pero también lo estaban ayer y ya viste.

—Me parece bien. Yo haré el primer tumo. Le llamaré cuando tenga demasiado sueño.

Martha hubiera querido estar a su lado, y su intensa mirada así lo delató, pero sabía que Alice no soportaría quedarse sola en el dormitorio, de modo que dieron las buenas noches y Mark quedó solo.

Esperó a que la casa quedara en silencio y entonces apagó las luces de la planta baja. Permaneció inmóvil para habituar sus ojos a las tinieblas y entonces acercó una butaca al ventanal y se hundió en ella, comprobando que podía vigilar un gran espacio de terreno del exterior.

Cualquier cosa que se moviera allá fuera podría descubrirla. Hombre o mujer, resucitado o no, estarían bajo la mira del revólver tan pronto aparecieran.

Ya sólo quedaba esperar.

CAPITULO XI

El carpintero encendió otro cigarrillo como pretexto para retrasar el momento de acostarse. En la cama, cuando su mujer quedaba dormida, Andy se sentía perdido, aislado, abandonado a los terrores y los recuerdos, al temor.

Y esa noche era aún peor que nunca, porque había visto los cadáveres muertos por segunda vez, ensangrentados. Los cadáveres de quienes habían vuelto del infierno para odiar y matar.

La voz destemplada de su mujer le increpó:

—¿Es que no piensas acostarte esta noche?

—Ahora voy.

—¿Crees que no sé lo que te pasa? Tienes miedo, Andy. Miedo a quedar dormido y sufrir tus horribles pesadillas que te hacen gritar en sueños. Y miedo a seguir despierto porque imaginas oír cosas que no existen.

—¡Cierra la boca!

—Pero si tenía que suceder tarde o temprano, Andy. Recuerda que te lo dije muchas veces en estos años.

—¡Cállate de una maldita vez bruja! La mujer no se dio por vencida.

—Así, insúltame, eso te aliviará. Pero hombre, si aquello fue provocar al diablo. Recuerda que te dije que no fueras. Te lo dije a gritos. ¿Qué nos importaba a nosotros lo que hiciera aquel chillado en su maldita casa? Allá él si le gustaba invocar a Satán o a las brujas, o lo que fuera. Pero tú no me hiciste el menor caso, no señor.

El hombre se volvió echando chispas.

—¡Te dije que cerraras la boca! —vociferó—. ¿No has repetido lo mismo un millón de veces? Deberías de haber agotado el repertorio.

—¿Has agotado tú la capacidad de recordar, es que hay alguien en todo el pueblo que no sea víctima de sus recuerdos? Míralos a todos, uno a uno. Míralos, huidizos, corroídos por los remordimientos y el terror. Míralos, desgraciado, y te verás a ti mismo.

Andy rechinaba los dientes. Deseaba golpearla, cerrarle la boca de un revés. No volver a oír nunca más la implacable catarata de reproches que se repetían un día sí y otro también.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó, más furioso que nunca.

—Me voy a la cama —anunció.

—¿Cerraste todas las puertas?

—Sí.

—¿Las del taller también?

—¡Siempre las cierro antes que las otras!

—¿Y las ventanas?

—¡VETE AL INFIERNO!

Salió, bufando.

Su mujer le siguió.

Estaban desnudándose cuando sonó un tremendo crujido en el taller. Ni siquiera la

distancia pudo ahogar el impacto de la puerta al abrirse con violencia. Se miraron aterrados.

Andy balbuceó:

—¿Oíste...?

—Fue en el taller. Y dijiste que habías cerrado la puerta.

—¡Y la cerré! Lo recuerdo muy bien.

Unos pasos lentos y pesados resonaron dentro de la casa. Los pasos de alguien que no tenía prisa, pero que no se detenía.

Hombre y mujer miraron hacia la puerta, lívidos de terror.

—¿O... oyes? —balbuceó ella—. Viene hacia aquí... ¡Andy, se acerca! Las escaleras... las sube... ¡La puerta, Andy!

El carpintero luchó para librarse de la paralizante sensación de irrealidad que le envolvía, provocada por el pánico. Al fin corrió hacia la puerta y la cerró de golpe.

Pero no pudo correr el cerrojo para asegurarla. Una fuerza irresistible presionó desde el otro lado y él se sintió empujado hacia atrás dando tumbos. La puerta se abrió violentamente.

Cuando Andy recobró el equilibrio su mujer estaba chillando como una loca, al tiempo que el intruso penetraba en el dormitorio, impávido, lento y seguro.

Andy se ahogaba.

—¡No es posible..., Gordon Mars...!

Al oír el nombre, el intruso se detuvo un instante y apartó su mirada muerta de la mujer para fijarse en el carpintero.

Una horrible mueca distorsionaba aquella cara inexpresiva y dejaba al descubierto sus dientes. Un hililllo de baba se balanceaba en su boca.

Mars reanudó sus pasos, sólo que ahora se encaminó a donde estaba Andy. El carpintero boqueó sin que ninguna palabra brotara de sus labios.

Entonces Mars le atrapó y una fuerza terrible estrujó a Andy, inmovilizándole.

Empezó a gritar al fin, y su largo alarido se fundió con los aullidos de su mujer, que creía debatirse en una pesadilla.

Pero la pesadilla sólo había empezado. La pobre mujer vio saltar la sangre de la garganta de su esposo y sus alaridos se multiplicaron, sin que lograran distraer al monstruo, ni atraer la ayuda de nadie.

Se volvió de espaldas enloquecida, golpeándose contra la pared, incapaz de soportar aquel horror.

Nunca supo cuánto tiempo pasó aullando como una bestia, cuando sintió una mano engarfiarse sobre su hombro.

Se volvió con la mirada desorbitada, los oídos lacerados

por sus propios alaridos. Y allí estaba la mujer de Mars. Con un último grito, perdió el conocimiento y se desplomó. Sobre ella empezó a inclinarse la mujer del monstruo.

*

*

*

El viejo Rayton llegó despavorido, lívido, la mirada desorbitada y ahogándose. Mark, que terminaba de desayunar, se levantó de un brinco al verle.

—¿Qué le pasa? Siéntese aquí...

—¡Andy...!

—¿El carpintero?

—¡Muerto! Y su mujer... Destrozados, Mark. Una carnicería espantosa. Bruscamente se llevó las manos a la boca y salió de estampida.

Cuando regresó su cara estaba gris.

—No puedo soportarlo —gimoteó—. Les habían..., les habían... Las dos muchachas aparecieron en la puerta y él calló.

—¿Hay alguien allí, ahora?

—Nadie. Debieron ¡gritar... ¡Dios, si debieron gritar antes de morir! Y nadie acudió en su ayuda. Los vecinos debieron oírles forzosamente y no... ¿En qué clase de bestias nos hemos convertido, Mark?

—Cálmese, nosotros no oímos nada. Yo hubiera acudido de haber escuchado sus gritos, y usted también, viejo, así que tómelo con calma. Voy a verlo por mí mismo.

—Ten cuidado, Mark.

—¿Por qué? Hasta ahora, sea lo que sea sólo ataca de noche. Durante el día deben ocultarse en alguna parte. Cuide de que las chicas no salgan, Rayton.

—Llévate el revólver.

Mark atrapó el cinto, ciñéndolo a su cintura. Martha le le siguió hasta la puerta de la calle.

—¡Mark!

—Vuelve con ellos, cariño.

—¿Por qué has de arriesgarte? Oh, maldita sea, me vuelvo tan egoísta desde que,.., desde que nos amamos...

El sonrió.

—Alguien debe hacerlo. Y aunque de vacaciones, sigo siendo un policía.

—¡Pero no se merecen que arriesgues tu vida por ellos, por esos cobardes, esos rastreros encerrados en sus casas, oyendo cómo matan a los demás sin mover un dedo en su ayuda!

—De cualquier modo durante el día no hay nada que temer. Vuelve con tu abuelo.

La besó larga y profundamente. La muchacha sintió que las piernas le flaqueaban cuando él se apartó y cerrando la puerta desapareció de su vista.

En su angustia creyó que le arrancaban un pedazo de su propio

ser. El pánico intentaba imponerse al amor que experimentaba hacia aquel hombre sereno que había sabido adueñarse de su corazón. De toda ella...

CAPITULO XII

El aspecto de la habitación ponía los pelos de punta. En cuanto a los cadáveres...

Por primera vez en su vida de policía, Mark hubo de salir de allí y vomitar en un rincón. Cuando logró serenarse volvió atrás. Había huellas de pies en el pasillo, las escaleras, la sala y el taller. Pies que se habían empapado de sangre.

Rechinando los dientes las siguió paso a paso, notando el frío del horror más absoluto cuando comprobó que uno de los dos juegos de huellas pertenecía a una mujer.

Las siguió fuera del taller. Allí, la tierra había absorbido la sangre y apenas se distinguían. Pero no abandonó. Encorvado siguió adelante, despacio.

En el polvo ya no había rastros de sangre, pero sí algunas impresiones de los pies. Con su ojo experto las siguió también a lo largo del camino.

Este atravesaba los campos sin cultivar. Más allá desembocaba en otro que él recorriera en compañía de Martha.

Era el camino de las ruinas.

Se detuvo allí, mirando los restos calcinantes del altozano. Incluso a aquella distancia podía ver parte de un muro de piedra derrumbado y sumergido en un mar de hierba.

No le quedaba ninguna duda. Las huellas se dirigían rectas hacia las ruinas. Notaba una extraña desharán, una inquietud que le empujaba a seguir adelante para saber, para descorrer de una vez el velo que ocultaba, quizá, el infierno.

Sin embargo, regresó al pueblo precipitadamente para notificar sus propósitos al viejo Rayton.

Este supo que Mark había visto aquel horror con sólo mirarle la cara. El le espetó:

—¿Dónde están las chicas?

—Arriba.

—No les diga nada de esto, Rayton, pero voy a ir a las ruinas. Seguí las huellas de los asesinos y conducen allí sin la menor duda.

El anciano creyó que se ahogaba.

—¿A la casa incendiada?

—Sí. Son las huellas de un hombre y una mujer.

—Pero no puedes ir allí tú solo, Mark- Comprobaste la fuerza de esos monstruos..., te harán pedazos si logran atraparte, lo mismo que a Andy y a su mujer.

—Yo estoy prevenido, y tengo el revólver.

—Incluso así, es una temeridad. Vamos a hablar con la gente, Tal vez si alguien como tú les dirige se decidan a hacer algo.

Mark sacudió la cabeza.

—Olvídelo. Yo soy un desconocido para ellos. Nadie se arriesgará por mí. Sólo vine para que usted lo supiera. Cuide de las chicas, Rayton.

—¿No hay nada que pueda hacerte desistir?

—Nada. Es hora de acabar con esta pesadilla. Y lo admita usted o no, yo soy el hombre que debe hacerlo.

—¿Sólo porque eres policía en San Francisco?

—Y por otras razones.
—Está bien, llegaste como caído del cielo, pero siento que vayas a hacerte matar de ese modo.
Mark trató de sonreír.
—Volveré, abuelo. He de casarme con Martha cuando todo esto haya terminado.
—¿Qué?
—Ya lo oyó.
—¡Que me cuelguen! Si es casi una chiquilla.
—Tal vez se lo parezca a usted desde la altura de sus años, pero no olvide que es una especie de Matusalén, abuelo. Cuídelas hasta mi regreso.
—No volverás... Si yo pudiera...
—Usted debe quedarse aquí. Me responde de la vida de Martha con su propia cabeza.
¿Entendido?
Se fue antes que el anciano se dejara desbordar por la emoción. Esta vez se dirigió directamente hacia las ruinas.
No había en ellas nada siniestro. Eran simplemente los restos de una casa incendiada diez años atrás. La hierba crecía entre los cascotes, sepultando los restos de madera calcinados.
Examinó el terreno palmo a palmo, tendiendo el oído con la esperanza de captar algún rumor.
No oyó ni encontró nada, y al fin se detuvo, perplejo por el fracaso.
Estaba seguro que las huellas de aquellos seres de pesadilla iban directas al altozano. Había albergado la idea de que en alguna parte, en medio de aquel revoltijo arruinado, hubiera una trampa, la entrada a un posible escondrijo. Pero no había descubierto nada semejante.
Fumó un cigarrillo apoyado en los restos de un muro, pensando furiosamente en el problema y al fin decidió intentarlo de nuevo.
Agazapado, fue examinándolo todo otra vez, palmo a palmo, apartando los viejos restos de maderas, las hierbas y las piedras lavadas por las lluvias.

Cuando lo descubrió quedó helado ante una cosa tan sencilla.

Eran un pequeño montón de maderas carcomidas, aparentemente unidas unas a otras por el musgo que las cubría. Sólo que no era así, sino que estaban clavadas con gruesos y oxidados clavos.

Bajo el montón de maderos, la hierba y el musgo, había una trampilla de hierro tan oxidada como los clavos.

Sin embargo, no mostraba trazas de haber sido movida en muchos años, cosa que comprobó al intentar abrirla. Se habría

necesitado una palanqueta de acero para levantarla.

Pero por lo menos ahora estaba seguro de que, bajo el solar donde se alzara la casa, había un sótano quizá tan espacioso como fuera la misma construcción.

Estaba a punto de reanudar sus esfuerzos para abrir la trampilla cuando oyó el seco crujido de una rama al quebrarse.

Tenso, se agazapó empuñando el revólver.

Estaba solo sin la menor duda. No obstante, alguien había roto una rama seca al

moverse, no muy lejos.

Pero, ¿dónde?

Tendiéndose en el suelo se arrastró con cautela hasta el borde de la plataforma que configuraba la planicie del altozano. Desde allí podía contemplar los cercanos bosques y debajo de él, la loma descendía en suave talud, salpicada de rocas y matorrales.

Apoyado en una roca había alguien de espaldas a él.

Una figura delgada, cubierta por una especie de túnica oscura que descendía hasta sus pies. La figura tenía un cráneo rojizo, pelado como una bola de billar. Un cráneo pequeño sin un solo cabello.

Mark comenzó a sentir un extraño frío en los miembros.

Tumbado en el suelo, seguía mirándola cuando la cabeza giró a un lado. El pánico culebreó por todos sus nervios al verla, porque era la misma espantosa visión que viera espiando la casa de Alice. Aquel rostro descarnado, sin cejas, con ojos fulgurantes y un tajo oscuro en lugar de boca.

Mientras estaba mirándola, la boca se movió cual si deseara aspirar la mayor cantidad posible de aire. Un sordo quejido brotó de sus profundidades, algo que no era voz ni palabra, sólo un sonido gutural, escalofriante.

Decidiéndose, Mark dio un salto y corrió por el talud para detenerse a dos pasos del monstruo, al que apuntó con e! revólver.

—¡No se mueva, sea quien sea! -—barbotó, temblándole las piernas a su pesar. Los fulgurantes ojos se clavaron en él con hipnótica fijeza.

Algo extraño sucedió entonces. Los ojos eran grandes, profundos, rebosantes de furor. Pero se dulcificaron repentinamente, como si con su nueva expresión quisieran paliar la monstruosa evidencia de aquel rostro carcomido y descamado.

Con un esfuerzo, él preguntó:

—¿Quién es usted, de dónde ha salido?

Un brazo se levantó con la amplia manga de la tónica cubriéndolo, para señalar un espeso matorral cercano.

—¿Hay una entrada allí?

De nuevo el brazo señaló la misma dirección.

Sólo que esta, vez la túnica se deslizó hacia atrás dejando al descubierto la mano. O lo que debiera haber sido una mano.

Era una especie de muñón informe con dos dedos convertidos en garfios rojizos y espantosamente arrugados.

Se quedó mirándolos aturdido, incapaz de pronunciar palabra.

La boca de aquella carátula emitió un sonido quedo, algo lastimoso, como una súplica, o un quejido. Precipitadamente trató

de cubrir el horrible garfio valiéndose de la otra mano.
Y de nuevo Mark creyó ser víctima de una pesadilla, de un hechizo que le paralizaba. Porque la otra mano, la derecha, era perfecta. Una suave, blanca mano de mujer de largos dedos, gráciles y juveniles.
—No comprendo —jadeó—, ¿Quién es usted, una mujer?
Ella le miraba fijamente los labios. Asintió con un gesto y su boca se movió con desesperación, sin conseguir más que un ronco jadeo, pero ningún sonido inteligible.

—Es una mujer...
¿No puede hablar?
Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.
Inesperadamente, tendió la mano derecha, blanca y suave, y rozó la de él armada del revólver. Su piel era tibia.
Mark dominó un estremecimiento y siguió quieto.
Los dedos se apretaron en torno al puño que encerraba la culata del arma y se quedaron allí, prietos, como absorbiendo el calor de él.
Con voz ahogada Mark murmuró:
—Creo que lo comprendo... Es casi increíble. Ella separó la mano y señaló ladera abajo.
El no comprendía, aunque siguió la dirección que ella le mostraba.
—No hay ningún camino ahí. ¿Qué quieres indicarme?
Ella insistió. Aquellos dedos largos y sensibles se obstinaban en mostrarle algo, un lugar concreto.
El aguzó la mirada. Y de pronto dio un respingo.
—¡Oh, no! —exclamó.
Ella movió la cabeza de arriba abajo. Los dedos volvieron a acariciarle la mano armada. Había señalado el lugar donde él había poseído a Martha el día anterior. No cabían dudas al respecto.
—¿Nos viste, es eso lo que quieres decirme?
De nuevo la cabeza osciló de arriba abajo. Los dedos presionaron su puño cerrado y luego le soltaron.
—Comprendo..., pobre criatura.
Aquellos ojos eran ahora plácidos y luminosos. El se maravilló de la cantidad de sentimientos que podían expresar.
Pero de repente se agrandaron, mirando por encima de su hombro.
Volviéndose, Mark vio agitarse el matorral y un hombre surgió como brotando de la tierra.
Era alto, delgado, de rostro quieto y ojos muertos. Avanzó sin

prisas recto hacia ellos.
Mark gritó:
—¡Deténgase!
No pareció oírle siquiera. Al llegar más cerca Mark descubrió manchas de sangre en su mentón, en el cuello y tas ropas.
Le invadió un frío de muerte y ya no esperó más.
El revólver tronó en el silencio y el pesado proyectil casi desintegró la cara de Gordon Mars, que se desplomó de espaldas, rodó por el talud y desapareció.
El se volvió. La mujer no se había movido y le miraba con los ojos muy abiertos.
—¿Puedes entenderte con ellos? Al parecer no le comprendió.
—Entenderte. A ti no te atacan. ¿Puedes hacer que te obedezcan? Ahora, ella movió la cabeza de un lado a otro.
—No lo entiendo. ¿Qué les hace actuar?
El matorral se agitó de nuevo, y al ver a la mujer que surgía Mark saltó atrás

instintivamente, porque era la tía de Alice y él estaba seguro de haberla visto muerta.
Y muertos parecían sus ojos y su rostro rígido y pasivo. Sólo que entonces su boca se contrajo en una mueca siniestra descubriendo los dientes, y eso dio al traste con toda la quietud de su cara.
—¡No me obligue a disparar! —gritó Mark, fuera de sí. Las palabras no la detuvieron.
Tras ella, otra mujer apartó el matorral y se irguió. Esta conservaba restos de sangre hasta en sus largos cabellos.
—¡Atrás! —rugió—. ¡Deténgase!
Le respondió un sordo gruñido y la tía de Alice se precipitó contra él teniendo las manos, engarfiadas como garras.
Mark empezó a disparar sin tregua. Las balas sacudieron salvajemente a las dos mujeres y ambas rodaron casi por el mismo lugar donde desapareciera el hombre.
Tambaleándose, se volvió.
Ella seguía mirándole fijamente, y en aquella mirada él no pudo descubrir ni ira ni rencor. Sólo una súplica quizá.
Le castañeteaban los dientes cuando balbuceó:
—¡Tuve que hacerlo..., me habrían devorado! ¿Lo sabes, comprendes lo que digo? ¡Me habrían devorado!
Empezaba a perder el control de sus nervios.
—¿Me oyes? Querían matarme, como hicieron con otros en el pueblo. Debes haberlos visto, cubiertos de sangre. ¡Dime que es cierto, que lo sabes, que es eso lo que querían hacer conmigo! Nunca había disparado contra una mujer... ¡No quería matarlas! ¿Entiendes? ¡No quería!
De pronto ella cabeceó, asintiendo. Su cráneo rojizo reflejó la luz del sol.
Mark temblaba de modo espasmódico. A pesar de todo, a despecho del terror, no era lo mismo disparar contra una mujer que contra un hombre.
—¿Hay más seres como ellos ahí dentro? Ella negó valiéndose de sus gestos.
—Apenas me atrevo a creerte. Y no comprendo lo que... Ellos estuvieron muertos antes. No era ningún tipo de hipnosis, de eso estoy seguro. Lo comprobé con la mujer. Su corazón había dejado de latir. ¡Dios, si pudieras hablar!
Ella sólo le miraba.
Y abruptamente una voz ronca dijo tras él:

—Ella no habla. Ni vive ni muere. Pregúnteme
a mí antes de morir. Se volvió.
De nuevo sus piernas flaquearon.
Un ser corpulento estaba allí, erguido, con otra monstruosa carátula sobre los hombros. Un amasijo repleto de crestas de carne amazacotadas y el cráneo sin un solo cabello. Los ojos desorbitados y sin un parpadeo, porque no le quedaban siquiera párpados.
—Pensé que ningún miserable habitante del pueblo tendría suficiente valor para salir de sus casas. Me equivoqué.
La voz bronca modulaba las palabras con dificultad. Mark replicó:

—No soy vecino de Farling. Llegué al pueblo por accidente.
Miró la larga daga que chispeaba en la mano de aquel nuevo aparecido. Una mano oscura, arrugada como la piel de un murciélago.

Balanceó el revólver y añadió:

—No podrá competir con mi revólver, Luseko. Un rugido brotó de aquel hombre.

Mark, recobrándose por instantes, añadió:

—Es usted Hansey Luseko, ¿no es cierto? Y ella es su hija... Su hija sordomuda.

—Ha mentido al decir que no pertenecía a ese pueblo maldito. Lo sabe todo, nos conoció antes...

—No mentí, pero me contaron la historia, la terrible historia del incendio. Ahora sé que dijeron la verdad al afirmar que ustedes no salieron de entre las llamas.

—El fuego nos atrapó. Mi mujer murió abrasada. Yo sólo pude alcanzar a mi hija cuando ya ardía y arrojarla al sótano. Entonces las llamas me envolvieron a mí también y caí por la trampilla de hierro que se cerró sobre mí.

—Comprendo.

El hombre dio un rugido.

—¡No puede comprenderlo! Mi hija estaba convertida en un monstruo lo mismo que yo. No podíamos enfrentarnos con una humanidad salvaje y cruel, despiadada. Aún no he comprendido cómo logramos sobrevivir. La curé lo mejor que pude..., yo era químico. Hice cuanto pude y sólo conseguí prolongar su agonía... y la mía.

—Por eso se ha vengado ahora. ¿Por qué no intentó recurrir a la cirugía estética?
¡Maldita sea! Se quedó ahí dentro alimentando su odio, día a día, año tras año...

—Cierto, pero trabajé también. Trabajé como un condenado día y noche buscando resolver los problemas que tenía planteados en mis primitivos experimentos. Hasta que lo conseguí, hace sólo unos meses. Mi hora había llegado.

—¿Va a decirme que había conseguido resucitar a los muertos? Porque eso no lo creeré en mil años, Luseko.

—¡Estúpidos ignorantes! Nadie puede resucitar a un muerto. Pero un hombre inteligente puede hacer que los tontos crean que alguien está muerto. Lo crean y lo entierren.

—Eso si lo creo. ¿Cómo lo consiguió?

Cuanto más hablaba, el monstruoso viejo se excitaba poseído por

la fiebre de su triunfo. Parecía haber olvidado el cuchillo que blandía y el revólver que seguía vigilándole.

—Provocándoles un estado semejante a la catalepsia. Era suficiente que les disparara un diminuto dardo de hielo impregnado de una sustancia creada por mí y caían en una catalepsia artificial. El hielo se derretía en unos instantes con el calor del cuerpo y no quedaba la menor señal. Mi genio resolvió todos los problemas y pude experimentar con los hombres y mujeres que más odiaba en este mundo.

—Haciendo que ellos sembraran el terror y la muerte en el pueblo, convirtiéndoles en bestias sedientas de sangre. Fue un pobre triunfo me parece a mí.

—¿Pobre triunfo? ¡Yo podía dominarlos a voluntad! Ellos eran la prolongación de mí mismo, instrumentos para mi venganza. Podían llegar a donde mis pobres fuerzas no alcanzaban. ¿Cree que eso puede conseguirlo nadie que no sea un genio?

Mark miró de soslayo a la mujer. Estaba quieta, tratando de leer los movimientos de los labios.

—¡Mírela bien! —chilló el anciano—. Eso fue lo que me quedó de mi hija. Yo la adoraba... Era una niñita rubia, preciosa. No me importaba que no pudiera hablar no oír. Yo hubiera sido su oído y su voz. ¡Y mire lo que me dejaron esos salvajes! Ella creció viéndose horrible. Cuando me descuido aún trata de escapar para ver a las otras muchachas de su edad. Intenta espiarlas. O a los hombres a veces. Sus instintos son primarios porque la convirtieron en lo que es, pero no mataron sus ansias, sus anhelos, sus deseos.

Mark pensaba que cuanto más hablara más tiempo y probabilidades tendría de sorprender al viejo y desarmarlo.

Así que dijo:

—Fue una crueldad sin nombre lo que les hicieron. Pero se me ocurre que no ha sido una crueldad menor el hecho de haberla conservado envuelta en odio... siendo como es.

—¡Maldito! ¿Trata de decirme lo que debo hacer con mi propia hija? Usted... maldito, que ha arruinado el trabajo de tantos años...

Repentinamente se abalanzó contra Mark despreciando la amenaza del revólver.

Este titubeó, retrocediendo de un salto. Ahora que sabía la verdad no podía matar a aquel hombre.

O quizá le hiciera un favor apretando el gatillo.

El viejo volvió a la carga, levantó el cuchillo y descargó un tajo feroz.

Todo se convirtió en un torbellino. Fue sólo un instante, y este instante cambió el destino.

Mark logró esquivar otra vez, pero tropezó con un pedrusco y cayó de espaldas. Con un grito del viejo el cuchillo descendió como un relámpago.

Hubo un revuelo de ropas, un jadeo y un golpe. Luego, el cuerpo de la muchacha se desplomó sobre él llevándose enterrado en el pecho el puñal del anciano.

Este aulló:

—¡Hija!

Mark logró sentarse en el suelo. La mujer le miraba, sangrando. Sus ojos eran ahora quietos y dulces.

El viejo barbotó:

—Quiso detener mi mano. Se interpuso... por usted. Retrocedió cubriéndose el rostro con las manos.

Mark se arrodilló junto a la mujer. De entre los pliegues de la túnica surgía aquella mano blanca y tibia y él la sujetó entre las suyas.

—No te muevas —dijo hablando despacio—. Buscaré ayuda«

Ella movió la cabeza de un lado a otro. Sus labios se movieron una vez más y sus ojos se llenaron de lágrimas. Mark notó los dedos estremecerse en sus manos.

Y de pronto quedaron inertes.

Mark se levantó extrañamente conmovido.

Al mirar en tomo comprobó que el viejo había desaparecido. Corrió hacia el matorral hecho una furia.

—¡Vuelva aquí! —rugió—. ¿Va a abandonar ahora a su hija? ¡Vuelva, maldito!

Aún estaba gritando cuando sonó un trueno de una violencia aterradora. Una fuerza colosal le golpeó elevándole en el aire y arrojándole pendiente abajo dando tumbos. Los matorrales y las rocas que disimulaban la entrada rodaron tras él, y entonces la planicie se resquebrajó como el cráter de un volcán en erupción.
Mark corrió desesperadamente, mientras toneladas de piedras y tierra se desplomaban por el talud.
Del fondo del súbito cráter brotó una larga llamarada y la explosión cesó, dejando sólo el fragor del derrumbamiento, el cataclismo que enterraba de una vez para siempre lo que fuera un pozo de horror, una sima de odio implacable y vengativo.
Mark lo dejó todo atrás y echó a correr hacia el pueblo, hacia los brazos de una mujer, hacia donde sólo remaba el amor y la ternura.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España